CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL



QUINTO CURSO
(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de EDITORIAL LEX
LA HABANA

Marzo, 1951 — 20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — Marzo 14 de 1951 — No. 27

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Juan Luis Martín

XIX

El Imperio de Gengiskán

ENTRE todos los grandes conquistadores de la Antigüedad ni siquiera Atila supera a Gengiskán, en ese furioso propósito de hacer la guerra por la guerra, en complacimiento del ánimo marcial. El asalto de los mongoles a los países de su vecindario primero y más tarde a todo un mundo es un hecho único por sus caracteres y por sus desastrosas consecuencias. Gengiskán merece más que nadie el epíteto de flagelo del hombre. El daño que su maldad causó a la cultura fué irreparable. Demolió los centros musulmanes de Asia Central que habrían extendido hacia países lejanísimos el influjo que subía desde Damasco y Bagdad. Esterilizó para siempre esos campos en donde ya habían surgido especulaciones de la ciencia, la filosofía y las artes, que rivalizaban con las de las grandes medarsas de Siria, Mesopotamia, Egipto, Córdoba y Toledo. Y como secuela del rudo impacto que metió por las fronteras de Persia avanzaron los turcos hacia el paraje desde donde habrían de dar el golpe de muerte al Imperio Bizantino. La toma de Constantinopla por los osmanlies es un efecto, a más de dos siglos de distancia, de ese arrebañamiento de pueblos que produjeron los mongoles y antes que ninguno de ellos, Gengiskán. El mismo acontecimiento ha tenido efectos perdurables hasta nuestros días, por la instalación de la Horda de Oro en el de Rusia. La presencia de los tártaros y otros mongoloides en esas regiones demoró el avance de la civilización helénica hacia el Oriente y convirtió la historia interna del Imperio Ruso en una lucha perpetua entre lo eslavo y lo asiático.

El ejemplo permanente del despotismo y la necesidad de la autocracia para la repulsión de los continuos ataques de la enorme reserva de barbarie de la estepa dieron al estado ruso ese semblante tan suyo, tan propio, en perenne conflicto interior. Hoy todavía, el régimen soviético, empeñado en la conglutinación de los pueblos que mantiene bajo su dominación, imita las formas colectivistas y el comunismo de los mongoles. Y la concepción de Eurasia, en un sentido que transvase el criterio geográfico, sólo es, a la postre, un propósito de salvar a las minorías eslavas, hasta hace poco dominantes, por medio de una abdicación que gestiona culminar en el asiatizamiento de los pueblos sujetos a los zares antes y a la dictadura comunista ahora.

El traslado de la capital rusa de San Petersburgo a Moscou es el regreso de la mente política de aquel pueblo a los tiempos anteriores a Pedro el Grande. La casa de Romanof, matizada de sangre occidental con abundancia, quiso poner, en la ciudad de los pantanos finlandeses, esa ventana para mirar a Europa, para que por ella le entrasen los vientos de Occidente. El autócrata asumió el título de César, como antes que él, por reflejo del imperio carolingio, a sus reyes los llamaron Karolyi.

La reacción asiatizante se produce por consejo del Príncipe de Trubetzkoi, quien aconsejaba a los zares que desistieran de la política de asimilación total a Occidente y que trasladaran el corazón del Imperio allende los Urales. Con esto, la base étnica no estaría en los eslavos, sino en los pueblos del mundo siberiano, con lo cual no tan sólo se obtendría la pacificación interna del enorme estado subcontinental, sino también una fuerza que haría a Rusia invencible. Este pensamiento ha tratado de realizarlo el estado comunista, que, con el nombre de Unión Soviética, convierte a Rusia en uno de tantos componentes de la Federación y a los eslavos en miembros iguales, no dominantes, de esa aglomeración de pueblos.

Todo esto, que llega a esa cima del proceso, es, pues, una consecuencia aunque remota de la expensión dilatada del mongolismo.

Cuando nosotros, en presencia de la crisis histórica del presente, nos dejamos llevar de la idea geográfica y decimos que están en pugna Occidente y Oriente, cometemos una inexactitud. Rusia

y todo lo que con ella se enracima no es Oriente, sino una manifestación del espíritu del mongolismo resurgente, con sus caracteres propios, muy distintos. Mongolia no es China, aunque racialmente los chinos y los mongoles procedan acaso de un tronco común. El sedentarismo ha modificado radicalmente a los chinos, a despecho de que el área de dispersión de la raza está en el Nordeste del ámbito geográfico de la China actual.

Resumiendo estas reflexiones, puede decirse que los resultados históricos del desbordamiento de los mongoles son los siguientes:

1) Destrucción de los emporios mercantiles y centros científicos de Asia Central.
2) Inicio del abatimiento del Imperio Bizantino.
3) Colocación de los turcos en Asia Menor.
4) Configuración de la historia de Rusia, para muchos siglos.

Desde nuestro punto de vista, el valor de esos efectos es negativo y, por tanto, Gengiskán varió en daño para el género humano los rumbos de la historia. Tales fueron las consecuencias. Sus causas las encontramos en una diversidad de hechos, unos geográficos y otros sociales e históricos. El efecto merece ser calificado, por nuestras coordenadas mentales de ahora, de geopolítico.

Las victorias de Gengiskán debiéronse a los siguientes factores:

a) La idiosincrasia marcial de mongoles, turcos y tártaros.
b) La organización por hordas, que permitió construir ejércitos centuriados muy poderosos, sin mucho esfuerzo.
c) El disponer de abundante número de caballos y jinetes.
d) El endurecimiento de la vida nómada.
e) La posición central de las regiones de los lagos Baikal y Balkasch, para una dilatación relativamente fácil, en los rumbos del Este y el Oeste, a lo largo de las rutas de las caravanas chinas, ya establecida desde la época de la dinastía de Tang.
f) La atomización de los estados comarcanos por las guerras civiles internas y la debilidad engendrada por menudos conflictos dinásticos.
g) La capacidad para la intriga y el oportunismo de los khanes, situados en lugares en donde su intervención podía ser decisiva.

Usando de todos estos medios, la acción de Gengiskán, en el orden estratégico (que mucho interesa para ahondar en el fenómeno que representa en la historia), se desarrolla en cuatro tiempos:

I) Unificación de los tártaros.

II) Intervención en la lucha entre la dinastía de Sung y los tártaros Kin.

III) Traslado de la capital mongola a Karakorum, el "campamento negro", después de eliminar a los que le hacían la guerra civil, e inmediato asalto a la frontera de la Persia Seléucida.

IV) Penetración en Persia y desbordamiento hasta el Dniéper, con Kíef como objetivo más accidental.

Los tártaros habitaban al norte del Amur. Dividíanse, según el historiador chino, Meng-kung (1246) en **pat-tatah,** o tártaros blancos, **kwei-tatah,** o tártaros negros, y **chwei-tatah,** o tártaros salvajes.

Los primeros quizá fuesen mestizos de turcos; los tártaros salvajes eran rudos y fieros y hallábanse bajo estrecha sojuzgación de sus vecinos; y, finalmente, los tártaros negros, que habitaban en la estrecha Mesopotamia formada por los ríos Kérulen y Onon, junto al lago Baikal, mantenían su independencia a costa de guerras incesantes. Eran los más civilizados de los tres grupos del "stock", debido a ocupar territorios más cercanos a los chinos. Estos últimos apellidábanlos **meng-yin,** o "los que viven en tiendas". Se ha discutido con frecuencia qué significaría la palabra **meng** o **mong,** con que los llaman los chinos. Unas veces se le concedió el equivalente de "bravo" y otros de "unido" o confederado.

La unión de todas esas agrupaciones la ejecutaría Gengiskán, nacido entre los tártaros negros. Debemos señalar que esos adjetivos procedían del color de sus banderas. Esa aglomeración hallábase en perpetua discordia con los demás tártaros, con los elementos turanios de esas regiones y con los chinos y tungusios. Y, además de la interminable contienda con los demás nómadas de esas regiones, dentro de su propia estirpe jamás se lograba la paz entre los diversos clanes.

Junto a la frontera meridional de los estados de los tártaros negros, los chinos, que se hallaban a la sazón bajo la dinastía de Sung, padecían los efectos de una larga guerra civil, agravada por las agresiones frecuentes de los Kin, o Chin, o de los unguts, situados también a horcajadas de las marcas fronterizas de China. La casa de Sung, ya en plena decadencia, no lograba reaccionar contra los enemigos del este o del oeste. El emperador Hweitsung, creyendo optar por el mejor partido, llamó en su auxilio a los Kin, cuyo caudillo o khan decidió quedarse en el territorio cuya defensa se le había encomendado, y demandó acatamiento de aquel cuya salvación habían procurado. Tanta fué la influencia de los Chin, o Kin, que, con el tiempo, el estado que gobernaban los Sung pasó a ser llamado China, de igual manera que en tiempos de Marco Polo los Yuan la designaron con el nombre de Kitai, que era el de un estado tártaro, muy pequeño, situado en la cuenca del Baikal.

Durante el mismo período, los Kin estaban en guerra con los tártaros negros. En uno de esos choques, cayó prisionero y fué asesinado con muerte muy cruel el jefe tártaro, Yesukai. Su horda decidió vengarlo. Celebró una asamblea de caudillos, o "kuriltai", en donde se eligió para sucederle como khan a su hijo, llamado Témuschin, nombre que se le diese porque tal era el que llevaba uno de los más bravos adalides turanios muerto en combate por su padre. El consolidar la dominación sobre la propia horda costó tiempo y esfuerzos y cuando el joven khan tuvo la edad de ir a vengar la sangre paterna, necesitó primero dominar a los suyos. Logrado esto, congregó tres ejércitos y se fué contra los Kin, batiéndolos. Después decidió la conquista de China por entero. Entró a sangre y fuego con tres ejércitos numerosísimos y llegó hasta la península de Shantung. Humilló a los Sung; estableció guarniciones detrás de la Gran Muralla; y en medio del suicidio colectivo de los componentes de la corte del emperador de China, quedó fundada la dinastía de Yuan, o de "lo excelso". Asumió el nombre de guerra de Gengiskán ya definitivamente. Era un apelativo de predestinación, que en chino significa "el subyugador", el "gran guerrero" y "destructor de pueblos". Cerca de ochenta años duraría el período de Yuan, que acabó con el

resurgimiento nacionalista traído por los Ming, cuya base de resistencia se consolidó en el sur de China.

Es cierto que la división interna de los chinos y la lucha con los Kin y los unguts facilitó grandemente la victoria de Gengiskán. Pero también debemos contar el terror que se apoderó de todos los ánimos. El nombre de los mongoles inspiraba temor. Los horóscopos anunciaban terribles calamidades. Los agoreros decían que la perversidad de la Casa de Sung había sido motivo de que perdiera el afecto del Cielo y que, por tanto, un terrible azote descargaría sobre tanto mal. En las canciones de cuna las madres adormecían a sus hijos con el estribillo:

Ta-tah, ni pin-chi;
ta-tah, ko pin-chi;
Ngo-ke wang wu pin-chí.

Señalaban que no había sitio de donde escapar de las furias del vendabal que soplaba desde el desierto de Gobi. Nadie hacía resistencia. Las admoniciones del filósofo Ch'en Lung eran inútiles; y el acto de mayor grandeza de aquella tragedia fué el arrojarse todos al mar, en el último extremo de Shantung, desde donde, por vez primera, Gengiskán contempló el océano.

Terror semejante sacudió a los europeos años después cuando buscando paralelismos entre Tártaros y Tatarei, como hacía el rey Luis el Santo de Francia, tuvieron por demonios a los bárbaros que venían cabalgando por las extensas llanuras sármatas. El mismo Federico II, "stupor Dei", nada pudo hacer para juntar las voluntades de Occidente contra las hordas mongólicas. El adagio, "Tartarus, imo Tartarei", hacía retemblar en su corte a Doña Blanca de Castilla, que esperaba un milagro que detuviera a la amenaza amarilla.

Después de haber llegado al espolón de Wei-hai-Wei, en Shantung, el vencedor decidió regresar a sus lares del Kérulen. Había cuentas viejas por liquidar. Además, le interesaba consolidarse como dueño y señor de las rutas del té, la porcelana y la seda. Eliminó a viejos enemigos de su familia y puso la capital de sus dominios en Karakorum.

Con un pretexto cualquiera, movió la guerra contra el estado seléucida soberano de Kwarizmí, situado al norte de Persia. Alegó que iba a castigar a los que habían dado muerte a sus embajadores. En realidad, se aprovechaba de que en aquella rica frontera sucedía algo semejante a lo que estaba aconteciendo del lado de China.

Aunque Gengis era a la sazón bastante poderoso, no agredió sino cuando tuvo la seguridad de que el nuevo enemigo iba a ser pulverizado de un solo golpe de clavo. En efecto, reinaba el príncipe Muhamed, descendiente del adalid Toschatz, que se había rebelado contra el rey seléucida de Persia, fundando una nueva dinastía. En estas condiciones, Gengis hizo presumir a los persas que destruiría al grupo rebelde y les restituiría sus provincias. Logró la indiferencia de los persas, cayó sobre el Kwarizmí y luego se arrojó, sobre los emiratos de Khiva, Bokhara y Khorasan. Pasó a cuchillo a los habitantes; saqueó las riquezas; redujo a cenizas las ciudades y arrolló a los confiados persas. Persiguió a los que todavía pudieran reorganizarse para resistirle; cruzó el Azerbadjan... penetró en la hondonada del Caspio... marchó a las orillas del mar de Azof... y desde el Don saltó al Dnieper. La marejada iba engrosando con gente belicosa y fiera... Las vanguardias del formidable ejército de bandidos llegaron frente a Kíef... El clero bizantino hacía rogativas. Algo aconteció, por lo cual Gengiskán decidió volver a Karakorum, algo inexplicable, que aquellas gentes se representaron como milagro, que les desarmó al punto de que más tarde los cogiera indefensos el nieto del caudillo, Battu, que ganó a los polacos la pírrica batalla de Liegnica, en donde se operó el equilibrio de las fuerzas para muchos siglos.

Aquel enorme territorio que comenzaba apenas en el Dnieper y acababa en Shantung encerró la herencia de Gengiskán. Después se agregaron otros pueblos a sus dominios. Y hasta nuestros días el dilatado imperio que entonces se iniciaba era el mayor que había conocido el mundo. Ahora es mayor el imperio pansoviético.

Bibliografía

Historia Universal de Oncken
Encyclopaedia Britannica (arts. Jenghiz-Khan y Mongols)
The Mongols, Lamb, Nueva York, 1936.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Dr. Iglesias, ¿quisiera usted hacerle alguna pregunta al Sr. Martín?

DR. IGLESIAS: Solamente felicitarle por su conferencia.

SR. MARTIN: Muchas gracias.

DR. MAÑACH: Preguntas del público ahora.

SR. RAFAEL BARRIOS: ¿Tenían algún principio religioso las hordas mongólicas de Gengis Kan?

SR. MARTIN: Gengih Kan practicaba como religión —si eso se puede llamar religión— una cosa llamada "Shamanismo" por los antropólogos. El Shamanismo es una forma de magia semejante —¿a cuál diré?— a la del "cuarto fambá". Se echaban los caracoles, o cosa semejante. Toleraba todas las demás religiones en tanto le servían. Los cristianos en una época creyeron que Gengis Kan les podía servir para algo porque perseguía a los mahometanos, y los mahometanos a la inversa; es decir, que era un cuestión política, y no religiosa, la que había en el fondo. Pero Gengis Kan no tenía religión. Era Shamanismo lo que profesaba.

SR. MANUEL ZALBA: Tengo entendido que Gengis Kan comenzó su carrera de armas sobre los 40 años. Y que hasta entonces había permanecido o permaneció durante un buen número de años esclavo de la tribu rival. ¿Es cierto eso?

SR. MARTIN: No. A él lo proclamaron rey, o Gran Kan, cuando tenía 13 años, y sus primeras armas las hizo cuando tenía veinte y tantos años. Nació por el año 1,186 y murió relativamente joven. Su campaña en Europa la realizó, probablemente, cuando tenía cuarenta y tantos años. Murió en 1,227 ó 28.

SR. CLEMENTE GARCIA: ¿Tenían los mongoles algún parentesco étnico con los escitas —aquel pueblo que dió tanto quehacer a los romanos?

SR. MARTIN No, parece que no. Los mongoles, los turcos, los huriatos, los tumbucios, todos estos pueblos del Asia Oriental pertenecen al grupo altaico. Los escitas parece que eran unos rezagos de tribus finesas, de un parentesco quizás muy distante con ellos, si lo tuvieron; es un punto que no está aclarado por los antropólogos. Pero Escitia era más bien un nombre geográfico, que comprendía un gran mundo; es como la idea de los españoles, que todos los indios que habían en América eran la misma gente, y claro, eran distintos. O la idea que nosotros también tenemos de que toda la gente que habita en Africa son de la misma raza. No lo son, aunque nos lo parezca por el color.

DR. MANUEL DE LA MATA: Resulta un poco raro oír mencionar que, como única finalidad, un conquistador como Gengis Kan pudiera tener exclusivamente el deseo de poder. Se presenta, a través de la confe-

rencia, como una cosa excepcional, cuando en el fondo de todo gran conquistador (lo demás son pretextos) lo único que hay es este sentido de poder.

SR. MARTIN: Bueno, ése es un punto contravertible que está fuera de una discusión histórica, ¿no? Podemos discutirlo en mi casa, cuando usted quiera, o en otra parte. Lo que sí yo le digo es ésto: el deseo de poder de Gengis Kan, era el grado o la ambición de poder que pueda tener un bandido. No otro.

DR. MANUEL DE LA MATA: Sin ningún pretexto.

SR. MARTIN: Sin ningún pretexto. La guerra por la guerra. Eso era la intención de él. Caí sobre Samarcanda, degollaba la gente, se llevaba los tesoros, y su gente se divertía durante un tiempo; era por gozar aquello. No intentaba nunca hacer lo que han hecho los demás conquistadores: crear instituciones, sistemas de explotación y luego, a la larga, empujar la civilización.

SR. ARNALDO MACHIN: Dígame, doctor, la actual familia de los Kan de la India ¿desciende de Gengis Kan?

SR. MARTIN: No, en la India, unas generaciones después de Gengis Kan, vino Timurleng, llamado Tamerlán, unas cuantas generaciones después, ya casi en los comienzos del Renacimiento; y entonces allí se creó el Imperio del Gran Mongel. Hay algunos descendientes del Gran Mongol en la India. La palabra **Kan** significa **príncipe** en toda lengua turca..

SRTA. ELSIE WOLFF: Sr. Martín, tengo curiosidad por saber si los gitanos que se encuentran hoy en día en España, Bulgaria y Hungría, y toda esa parte del sur, son descendientes de los tártaros.

SR. MARTIN: No, no son descendientes de los tártaros. Los gitanos que están en todas partes del mundo son "intocables" arrojados de la India.

SR. RUBEN REYNOSO: Hay algo que me llamó la atención en su conferencia. El Pandit Nehrú hace un juicio oriental sobre la política del Gengis Kan, o desde el punto de vista oriental, comprendiendo mejor y más a fondo, que el punto de vista occidental. ¿En qué se basa usted, si no es indiscreta la pregunta, y no va con ningún otro fin, para estar contra Nehrú?

SR. MARTIN: Yo no estoy en contra de Nehrú en todas sus apreciaciones. Algunas veces uno puede ser muy inteligente, muy buena persona, y de tan buena persona parecer idiota. Este es el caso del pobre Nehrú. Ha sido un hombre que ha hecho un gran esfuerzo por la salvación de la India. Pero al tratar de Gengis Kan, hace un elogio desmesurado. Y yo sé dónde está el origen de eso. Usted encuentra el mismo elogio en la Enciclopedia Británica, en la edición de 1911, que él plagia bastante. Y él, al final, le dice a la hija que ella se asombrará del elogio que hace un hombre como él, tan amante de la paz, de un guerrero como éste. Después, por su cuenta sin que tenga ninguna justificación histórica,

dice que es inexacto pensar que Gengis Kan era un individuo que lo arrasaba todo, pero en otra parte del mismo artículo se contradice. Eso fué una cosa escrita por Nehrú cuando estaba preso y lo hizo todo de memoria. En general, yo creo que él apetece la unificación de todos los pueblos de Asia, que es mucho más difícil que la unificación de toda Europa, porque tiene civilizaciones disímiles, y hasta más difícil todavía que la unificación de América. Y ya usted ve lo que está pasando con los pueblos de Asia intermedia, que no se ponen de acuerdo.

Francisco Iglesias Blanco

Mongoles y Turcos

MIENTRAS Europa fragmentada en minúsculos estados, perezosamente emergía del aluvión de aconteceres, que sepultó desde el siglo IV, durante casi un milenio de Historia, las más señeras manifestaciones de la Antigüedad, en tierras lejanas y desconocidas, hacia el misterioso Oriente, fermentaban inquietudes y se forjaba el destino, imprevisible aún, de muchos pueblos.

Del centro de Asia, cuna de la Humanidad, de donde en época incierta partiera el Hombre para esparcirse sobre islas y continentes, irradian de nuevo, en el siglo XIII, hordas de pueblos, que hacen temer a la Europa medieval y cristiana, un nuevo cataclismo de arrolladoras invasiones.

Los nombres de mongoles, tártaros y turcos, llegan como rumor de tormenta lejana, mientras el Papa y el rey Luis IX de Francia rivalizan en su celo católico para atraerse a los próximos Señores del Mundo. Sus embajadas fracasan. Atravesaba el catolicismo por una fase de insolvencia moral e intelectual, sin la ardiente y candorosa fe de los tiempos primitivos, sin fuerza ni responsabilidad colectiva. Sirvieron, sin embargo, para que el Mundo Occidental y la posteridad conocieran por boca de Carpini, Rubruck, y viajeros como Marco Polo, las grandezas y miserias de los pueblos asiáticos que presionaban con fuerza incontrastable el mundo de los siglos XIII, XIV y XV. Era en verdad el último episodio, ahora en escala colosal, de la secular lucha entre nómadas y sedentarios.

La China construía fastuosos palacios, puentes y canales. La civilización hindú alzaba sus templos y minaretes. El Asia Anterior

conservaba parte del acerbo cultural de un pasado ya lejano. Europa como el Ave Fénix, renacía con nueva pujanza cultural entre el rimero de creencias y costumbres que se yuxtapusieron y amalgamaron a través de las edades. Mientras en el centro de Eurasia, como en una gran isla desolada y sedienta, el amasijo de los pueblos nómadas, pugna por alcanzar el codiciado cinturón de los pueblos cultos y ricos que lo circundan.

El hombre de la etapa, rudo, incansable, vencerá una vez más, por última vez, al cultivado y flojo hombre de la ciudad en la dramática agonía de los pueblos que suceden a los pueblos. Y el Imperio Mongol se extenderá a mediados del siglo XIII, cuando alcanzó su mayor extensión, desde la China y el Pacífico hasta Rusia y Hungría, que el conocimiento geográfico actual permite evaluar en unos 28.000,000 de Km^2., tanto como la América del Norte y Groenlandia más la América Central y las Antillas.

Hablar de quiénes produjeron estos acontecimientos y de cómo lo lograron es nuestra tarea de hoy.

LOS MONGOLES

Entre el conjunto de las crónicas chinas, por primera vez, se asoman a la Historia en el siglo VIII. Constituían entonces un pequeño clan, compuesto de algunos miles de familias, que con sus yurtas o casas transportables deambulaban en las proximidades del lago Baikal.

En el revuelto conglomerado de los pueblos que habitaban y habitan el Asia Central, las divisorias étnicas están enmarcadas en sutiles distingos y cabe afirmar que tunguses, mongoles y turcos, aunque hablando idiomas distintos, por la comunidad de costumbres, de traje y de género de vida se conciliaban. Y los inspiraba el sentimiento de un origen común y un común destino.

Los mongoles se vieron reducidos a triste condición a la muerte de Yesukai, padre de Temujin, el futuro Gengis Kan. Muchos jefecillos abandonaron al impotente muchacho para buscar protección en clanes más poderosos, y el destino del clan de los Yakutas o Grandes Mongoles parecía fatalmente decidido. Allí estaban, sin embargo, el hombre y su destino. Temujin reunió

a los Karaits, los naimans y los uigurs de raza turca, lo mismo que a los tártaros y karakhitai, pertenecientes al grupo tungus. Tomó el nombre de Gengis Kan y desmembró, dividió y reagrupó las tribus según le convino, más pronto tuvo una hueste forjada en la adversidad del desierto en la que todo el mundo habló mongol oficialmente. Hizo con ella un haz elástico y terrible para la acción bélica y fundó el mayor imperio del Mundo.

Los historiadores se hacen lenguas de las matanzas de Gengis Kan y es cierto que sus rutas están jalonadas por montañas de blancas osamentas, pero no lo es menos, que ellas no fueron producidas por el instinto sanguinario del placer, sino obedeciendo a la implacable ley de la estepa que exige matar o ser matado. Exterminó a los hombres como cazaba a las fieras. La guerra fué para el nómada una cacería más. El Mundo Occidental se sobrecogió ante la furia destructora de la barbarie asiática, y será preciso llegar a nuestra época para evitar el aniquilamiento del hombre por el hombre en escala paralela.

A la muerte del Señor de los Señores, sujetos a la brida del mongol quedaron los tártaros kirguises, los uigurs, que habían alcanzado un alto nivel de cultura; el Imperio Kin, al Norte de la China; el Imperio Jarismio que comprendía el Turquestán, Persia y el Norte de la India, reputado como uno de los más adelantados y progresistas de su época, y gran parte de Rusia, después de la derrota del Gran Duque de Kiev.

Era un Imperio sostenido por la armazón militar y administrativa; pero su unidad política se sostuvo durante más de 50 años, que de tal modo el orgullo de la dominación había unido sólidamente a los vencedores y tanto había subyugado a los vencidos, el espanto de la muerte.

Reunido el Kurultai o asamblea de los jefes, Ogotai fué designado Kan. Karakorum, el "campamento negro", en el corazón del Asia y del Imperio, continuó representando la capital, y era sin duda una ciudad extraña, una metrópoli del desierto, barrida por los vientos y azotada por las arenas, cuyas míseras ruinas contempla hoy el viajero de aquellas herbosas soledades.

El trasiego de los pueblos continuó. Los mongoles se volcaron sobre Europa: Kiev fué destruída, Rusia sometida (1235), Polo-

nía devastada y agostada la flor de sus ejércitos en la batalla de Liegnitz (1241).

La resistencia de los mamelucos en Siria, la empeñosa lucha contra los Sung en la China, las incursiones por Persia y el Asia Menor y los disturbios que se produjeron a la muerte de Ogotai respecto a la sucesión, obligó a los mongoles a volver grupas a través de Hungría y Rumanía hacia el Oriente; Europa había escapado, aunque sólo por siete siglos, al peligro inminente de las invasiones asiáticas. Hoy, como en los tiempos de Gengis Kan, de Ogotai y de Tamerlán, el destino de Europa y del Mundo se gesta en el seno de Asia silente y misteriosa.

El "campamento negro" dejó pronto de ser la única capital del Imperio donde las distancias se medían por grados de latitud y longitud. La disgregación, acelerada por la penetración de grupos étnicos diversos en las hordas guerreras, fué inevitable cuando los odios religiosos dividieron el Imperio. "Mientras el grueso de la nación mongola transformaba en budhismo su chamanismo primitivo, los invasores de la China se permeaban a las doctrinas de Confucio, los vencedores del Turquestán y del Irán se hacían mahometanos y el ala europea de los ejércitos de invasión se dejaba penetrar por la religión de Cristo". Después de la muerte de Kublay Kan (nieto de Gengis Kan) en 1294, hasta la supremacía titular de Gran Kan desapareció.

Existía entonces un imperio mongólico principal, con Pekín como capital que comprendía toda la China y Mongolia; había un segundo imperio mongólico en Rusia, el Kipchak; florecía un tercero en Persia, fundado por Hulago, nieto de Gengis Kan; había un Estado siberiano entre Kipchak y Mongolia y otro Estado "la Turquía Grande" en el Turkestán. El que alcanzó más renombre histórico fué el primero, y cuando Marco Polo, el sagaz y observador viajero, lo visitó en 1270 estaba regido por Kuhlay Kan, cuya dinastía pervivió hasta 1368 en que fué derribada por un movimiento nacionalista chino que entronizó a la dinastía Ming. Los demás Estados se diluyeron en el tiempo y en las ásperas luchas de las dinastías y los pueblos. Los mongoles, de Señores del Mundo, volvieron a su primitivo sistema de tribus.

La China dominó en Mongolia desde 1689 hasta 1912 en que se declaró la independencia bajo el Khutuktu o "Buda Viviente".

En 1924 fué establecida una República con ayuda de las tropas rusas. En 1936 y 1946 fueron firmados tratados de Alianza militar y Amistad con Rusia. La Revolución Rusa de 1917 ha repercutido hondamente en la vida de la estepa, y lo que no pudo la sabiduría y prudencia de Ye Liu Chutsai, en décadas de tesonero esfuerzo, parecen haberlo logrado los nuevos aires que soplan sobre el desierto. La República mongola tiene en la actualidad 580,158 millas cuadradas y una población de cerca de 1.000,000 de habitantes. Urga, la capital, cuenta con unos 100,000.

ALGUNOS RASGOS QUE EXPLICAN AL MONGOL

Para la mente occidental resultó incomprensible, durante muchos años, el Imperio Mongol con sus 10,000 Kms. desde el Mar de Okhots hasta las estepas rusas. El enigma se aclara si nos imaginamos el mongol en función de su medio, modelado por miles de años bajo un clima crudo y una tierra pobre. Marchando en invierno hacia el Sur y en verano hacia el Norte tras los verdes prados. Deambulando siempre en busca de agua para apagar su sed o de caza para saciar su hambre. Caballo y jinete formaron a través de las edades un solo cuerpo endurecido en la adversidad y como las flechas de su arco, cruzaron las llanuras en meteórica carrera.

La inflexible vida de la estepa modeló sus calidades de guerrero y su estrategia. La nota más sobresaliente de ella fué la movilidad de su ejército, las rapidísimas marchas y el sorpresivo inevitable ataque; pero no fué menos notable su proceder certero ante nuevas situaciones; el conocimiento de los movimientos del enemigo, mediante los exploradores y el espionaje; el incansable perseguir al adversario hasta aniquilarle; sus simpatías por la lealtad y su implacable cólera contra la traición; la metódica destrucción de las masas humanas que le eran o le podían ser hostiles; su inteligente utilización de los hombres más prudentes y sabios de las regiones conquistadas; la indestructible disciplina y acatamiento al Yassa o código de leyes dispuesto por Gengis Kan son, entre otras, las razones que explican el "milagro" de la muchas veces no comprendida epopeya mongola.

LOS TURCOS

Los etnólogos conocen con tal denominación, una serie de pueblos estrechamente emparentados que se extienden desde el Asia Central, pasando por la actual Turquía e internándose en el S. E. de Europa.

En sus andanzas por los viejos predios se asomaron más de una vez al mundo civilizado de los sedentarios. En algunas ocasiones cruzaron las tierras en largas cabalgatas, pero en otras merodearon hasta confundirse con los pueblos invadidos. Muchas dinastías mongolas reinaron sobre súbditos turcos. En verdad, la diferencia entre turcos y mongoles en las revueltas horas del siglo XIII, resulta difícil de establecer.

La torvanera de las invasiones mongolas lanzó en 1225, una aglomeración de cerca de 50 mil turcos, hacia las montañas de Armenia, donde los aventureros fugitivos hallaron hermanos de raza, los seldyucidas, bajo cuya férula estaban aquellas tierras desde siglos atrás. Como recompensa de los servicios prestados al Sultán, recibieron el ángulo N.O. del Asia Menor (Frigia) y se batieron con frecuencia, en defensa de la frontera, contra las tropas del Emperador de Bizancio. Más tarde, Osmán, enaltecido "sultán" por su propia voluntad, acaparó tanta gloria militar, que su pueblo, a partir de él, fué designado con el nombre de Osmanli. Al finalizar el siglo XIII. Orkhan se apoderó de Brusa, y desde su palacio de la "Sublime Puerta", contemplaba a lo lejos, codicioso e impaciente, la decadente Roma del Oriente. Nicea y Gallipolli no pudieron resistir el empuje del Imperio Otomano en su conquistador ascenso y así comenzó el bloqueo, que un siglo más tarde, convertiría a la vieja Constantinopla en Estambul. Con paso firme se adentraron en Macedonia, Epiro, Iliria, Yugo-Eslavia y Bulgaria. Eran estos dos últimos pueblos afines a los turcos en cultura y en compuesto racial. Los pueblos balcánicos eran cristianos y muy hostiles entre sí. Los turcos, en cambio, como afirma Wells, "hablaban un mismo idioma, tenían un mayor sentido de unidad, hábitos musulmanes de temperancia y frugalidad y, en conjunto eran mejores soldados".

El Imperio de Oriente, perdidas paulatinamente sus posesiones, empobrecido y desmoralizado, se hundía para siempre en

1396. La aparición de Tamerlán, batiendo las fuerzas del sultán Murad en 1402, no hizo otra cosa que prolongar la agonía de la dinastía de los Paleólogos durante medio siglo más.

Representó Timur-i-Leng (Tamerlán) a principios del siglo XV, el último impulso del nomadismo hacia Oriente. Descendiente de Gengis Kan por línea materna, su familia, sin embargo, parece de origen turco y él realmente lo era por la lengua y las costumbres. Desde Samarkanda extendió su autoridad sobre Kipchak hasta el Asia Menor y el Indo. Nada escapó a su furia destructora, y su imaginación que experimentaba especial deleite construyendo pirámides humanas, con las cabezas de los vencidos, colmó su ambición después del asalto de la ciudad de Ispahan, al poder erigir una de más de 70 mil. Quiso reconstruir el Imperio de Gengis Kan, pero después de su muerte en 1405, sólo quedaría de su poderío una tumba solitaria con esta inscripción insultante: "Si yo viviera, todavía temblaría el Mundo".

El paso de Timur por la escena política fué tan efímero que cuando hubo desaparecido continuaron funcionando los mismos elementos políticos de antes. El Imperio Otomano, asolado por el terrible cojo, hubo de necesitar de varios años para restaurar su antiguo vigor. Por otro lado, los pueblos balcánicos, siempre levantiscos, inquietaban al turco, que sólo pudo prepararse para el asalto final a la imperial Bizancio, después de la batalla de Kossovo (1448).

Aislada del mundo cristiano, Constantinopla no había sido más que la prisión de sus Señores en los últimos cien años y 1453 no hace más que señalar el postrer estertor del Imperio que mostraba tiempo ha los signos evidentes de la muerte.

Cuando Constantinopla dejó de ser la ciudad imperial; los piratas turcos, enardecidos por el éxito, se arriesgaron en los mares interiores del Norte y polularon en la Mancha y las costas inglesas. Bayacetoll, hijo de Mohamed, el vencedor de Bizancio, llevó la guerra a Polonia y la mayor parte de Grecia fué conquistada. Su hijo Selim extendió el poderío turco hasta Armenia y el Egipto, mientras que Solimán el Magnífico, conquistó Bagdad en Oriente y la mayor parte de Hungría en Occidente. Años más tarde, en 1571, la batalla de Lepanto enfrentó el estandarte del cristianismo católico con los secuaces de la media luna y junto con

el rumor del combate fué declinando para siempre la buena estrella del Imperio Osmanli. Y como si Némesis misma presidiera el festín de la victoria, la poderosa España de Felipe II y el Imperio turco de Solimán, los dos Estados más omnipotentes del mundo del siglo XVI, contemplaron desde entonces menguar su poder y su gloria.

PRINCIPALES CONSECUENCIAS HISTORICAS DE LAS MIGRACIONES DE ESTOS PUEBLOS

Si las conquistas mongolas sólo hubieran producido la devastación y la muerte en extensas regiones, su estudio serviría para conocer la entraña del Hombre en uno de sus aspectos más negativo y sombrío. Pero ellas galvanizaron su época y han proyectado su influjo hasta nuestros días. Es que los grandes momentos históricos, son como índices que señalan la ruta de la Humanidad.

Entre las consecuencias cimeras de aquellos sucesos podemos señalar:

A) Una gran mezcolanza de los pueblos, y no tan sólo, entre vencedores y vencidos, sino también con la hez de los aventureros occidentales que acuden de Italia, del centro de Europa y de todas partes.

B) Al combinarse con otros pueblos le prestaron algo de su psicología, de su dureza, de su despotismo, como sucedió en Rusia y en China. La Historia de Rusia está llena de buenos ejemplos: Lenine destruyendo la familia del Tzar procede con la misma implacable decisión política que Gengis Kan siete siglos atrás.

C) Como contragolpe de las invasiones aparecen grupos étnicos nuevos en Europa, el más curioso de los cuales es el de los gitanos. Procedentes según algunos de Egipto (egiptano, gitano) los estudios lingüísticos sitúanlos en una región al Norte de la India.

D) La invasión de Rusia por los mongoles retrasó en cuatro siglos la evolución de la progresista República de Novgorod y de los otros Ducados del centro y del Norte.

E) La aparición del Imperio Otomano, que amenazó seriamente a Europa en el siglo XVI y que con su penetración en los

Balcanes mantuvo en aquellas regiones la inestabilidad étnica y política hasta el siglo XIX.

F) La carencia de prejuicios religiosos entre los mongoles, posibilitó el intercambio comercial. Oriente y Occidente se acercaron y Marco Polo despertó la codicia de los europeos con sus maravillosos relatos sobre Cipango y Catay.

G) Los mongoles aportaron al mundo civilizado el arte de la cetrería, que durante la Alta Edad Media y principios de los tiempos modernos se extendió por casi todos los países europeos.

H) El Descubrimiento de América y la creación del Imperio Portugués encuentran un acicate en los relatos de Marco Polo; no en balde, en Sevilla se conserva un ejemplar de aquel viaje prolijamente anotado por Cristóforo Colombo, y el alfanje turco, ahora en enconado antagonismo religioso, cierra el paso hacia el Oriente, y lanza a los pueblos del Occidente mediterráneo al amplio océano, en busca de Cipango, de Catay y de la India.

Bibliografía

Lamb, Harold.—"Gengis Kan. Emperador de todos los Hombres" Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949.

Lamb, Harold.—"La Marcha de los Bárbaros". Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1943.

Lengyel, Emil.—"Turquía y su Pueblo". Editorial Claridad, Buenos Aires, 1947.

Wells, H. G.—"Esquema de la Historia Universal". Tomo I. Ediciones Anacaonda, Buenos Aires.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Amigo Juan Luis Martín, ¿quisiera usted —usted que sabe tanto de estas cosas— hacerle alguna pregunta al Dr. Iglesias?

SR. MARTIN: Quiero felicitar al Dr. Iglesias por su conferencia.

DR. MAÑACH: Eso es diplomacia recíproca...

SR. MARTIN: No; estamos jugando al balompié entre el doctor y yo! Pero quiero decirle doctor, que la idea de que la toma de Constantinopla fué una de las causas que impulsaron al descubrimiento de América, está desechada. Yo no sé si usted comparte esta opinión. La caída de Constantinopla ocurre en 1453; sin embargo, es ostensible que desde mucho antes que esta época, ya los turcos eran dueños de la parte estratégica que comunica el Mediterráneo con los mares orientales, porque toda la costa

norte del Mediterráneo está ocupada desde el siglo VIII; es decir, Egipto, Asia Menor, Arabia, el Mar Rojo, son mares ya cerrados para el cristianismo. De modo que el punto que se propone ahora por los críticos es éste: si la penetración de los turcos fué la causa del estancamiento, o si realmente ésto es un mito histórico y la realidad es que estaba estancado desde antes, cuando los árabes se apoderaron de Egipto. Yo quisiera su opinión sobre ésto, porque es un asunto que se está discutiendo ahora extensamente.

DR. IGLESIAS: Bueno, mi opinión es la siguiente: que lo mismo en aquellos tiempos que en los presentes, los pueblos han ido variando su política de acuerdo con el momento, la hora en que viven. Los turcos, que estaban en guerra continua contra el Imperio de Oriente, mantenían, sin embargo, relaciones cordialísimas con él desde el punto de vista del comercio y aún desde el punto de vista del intercambio cultural. Muchos turcos iban a los centros de enseñanza de Bizancio; es más, hasta se ha apuntado la tesis de que cuando los turcos conquistan a Constantinopla es cuando en verdad empieza su decadencia, porque ahuyentan de allí a todos aquellos sabios, versados en las cosas de la antigüedad clásica, que van a Italia y a otros lugares; y entonces es cuando empieza verdaderamente la decadencia de ellos, porque no tienen un lugar donde nutrirse culturalmente. Al principio los turcos, como usted dice, ocupaban una serie de regiones en el Asia Menor, pero por convenir así a la política económica de ellos en esos instantes, eran posibles las relaciones comerciales entre el Asia y Europa. Les interesaba en ese momento, no permitir ya el comercio de los venecianos, el comercio de los genoveses, etc., y entonces es cuando se constituye un acicate para esos pueblos el buscar lo que va a ofrecer mayores ventajas al comercio, buscar por otro lado ese camino a la India y a las tierras remotas del Asia.

DR. BEGUEZ CESAR: Dígame, Sr. Iglesias, usted señala la batalla de Kossovo como origen del desmembramiento turco. ¿Es cierto?

DR. IGLESIAS: No.

DR. BEGUEZ CESAR: Yo le oí a usted señalar la batalla de Kossovo.

DR. IGLESIAS: Pues yo le recomiendo que lea con cuidado la conferencia cuando salga publicada, para que vea que está en un error.

DR. BEGUEZ CESAR:: Me alegro entonces de la aclaración. Dígame, después de la batalla de Kossovo, que inicia la desmembración del Imperio Turco, ¿por qué usted silencia la batalla de Lepanto?

DR. IGLESIAS: No, pero es que yo no acepto que la batalla de Kossovo indique desmembración del Imperio Turco.

DR. BEGUEZ CESAR: En 1,339 en donde es un héroe servio, (Estandalosic Molosic), que se inicia y luego fué la batalla de Lepanto y antes de la batalla de Lepanto, un siglo antes, es la célebre Cruzada Sixto IV, con Francia, Italia, con la República de Venecia... Explíqueme por qué usted silencia ese...

DR. IGLESIAS: Yo quisiera que usted repietiera... porque yo no le he entendido, sinceramente.

DR. MAÑACH: Tiene que cambiar la premisa, Béguez César. La premisa no se la aceptan. Tiene que cambiar la base de la pregunta.

DR. BEGUEZ CESAR: ¿En dónde realmente se inician las desmembraciones turcas? Primer punto. ¿Qué efecto político producen ellas?

DR. IGLESIAS: Para mí, la decadencia turca, el Imperio Turco, comienza en la batalla de Lepanto, aunque tuvo muchas victorias parciales después y Turquía llegó con gran parte de su imperio hasta nuestros días; pero llegó precisamente por su debilidad, porque a los que eran fuertes les interesaba que los Balcanes estuvieran en manos de uno que era débil.

DR. BEGUEZ CESAR: ¿Y un siglo antes de la batalla de Lepanto, Sixto IV no organiza una Cruzada con Francia, Italia, las Repúblicas Venecianas y Génova?

DR. IGLESIAS: Bueno, ¿y qué usted quiere saber con respecto a eso?

DR. BEGUEZ CESAR: ¿Qué efecto político produce eso?

DR. IGLESIAS: El efecto político, ¿dónde?

DR. BEGUEZ CESAR: En el Imperio Turco, ¿en dónde va a ser?

DR. IGLESIAS: Es que todavía no hay Imperio Turco.

DR. BEGUEZ CESAR: ¡Ah! ¿no?

DR. MAÑACH: Amigo Béguez César, usted hace la pregunta con tanta sabiduría que probablemente sabe también la respuesta. Vamos a darle oportunidad a otras personas de que hagan preguntas.

DR. BEGUEZ CESAR: Bueno, ya que usted quiere eso.

SR. RUBEN REYNOSO: En el momento de las invasiones mongólicas, Luis de Francia y el Papa tratan de negociar y llegar a un acuerdo con las fuerzas bárbaras, porque, debido a la decandencia espiritual de la Europa, no pueden afrontar de otra manera si no es por... ¿Usted no cree que las actuales circunstancias son idénticas a las de antes?

DR. IGLESIAS: Se parecen bastante. Los mongoles precedían siempre sus invásiones y éxitos militares, valiéndose no siempre de la debilidad de otros pueblos, porque atacaron a pueblos muy poderosos, como, por ejemplo, el Imperio Kin, allá en la China, pero sí valiéndose del terror. Se daba el caso muchas veces de que a un solo mongol se rendían 10 ó 12 soldados extranjeros.

SR. RUBEN REYNOSO: La pregunta mía era sobre lo espiritual; si la decadencia de las formas espirituales no son las que han preparado el terreno de las invasiones mongólicas.

DR. IGLESIAS: Bueno, mi opinión es que siempre vienen otras decadencias antes que la espiritual, y la espiritual es consecuencia de las anteriores, pero el tiempo se nos ha terminado.

Dr. Jorge Mañach

XX

El Renacimiento

DESDE la primera mitad del siglo XV, se aceleró progresivamente el pulso de la vida y de la cultura europeas. Aconteció esto en Italia primero; luego, en otros países afines en la tradición occidental. Al período en que tal fenómeno se registró y a los cambios de actitud intelectual y moral que lo caracterizaron se ha dado el nombre de Renacimiento. Ese período marca el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna.

Mirando retrospectivamente, el Renacimiento tiene algo de lumbrarada, y no es posible acercarse a él sin cierta ofuscación. Todo lo que en él se produce —hombres y hechos— parece traspasado de una luminosidad ardiente. Al revisarse en nuestros días la valoración del Medioevo, se ha reducido de un modo considerable, si no la brillantez del Renacimiento, la brusquedad de su esplendor. Con todo, esa irrupción matinal nos deslumbra. Parece que el mundo hubiera amanecido súbitamente, cargado de luces y de fragancias nuevas; que los hombres, adormilados de siglos, se hubieran incorporado bruscamente, con un gozo adámico, como si estrenaran la vida.

El ademán de desperezo, fué un movimiento instintivo hacia la últma víspera del saber, hacia la antigüedad grecolatina. Poco a poco, durante la misma Edad Media, fueron los hombres acumulando un hervor de curiosidades. Avidos de satisfacerlas, necesitaron asirse a una tradición firme de cultura, y desde la primera mitad del siglo XIV se entregaron con apasionamiento a la reconquista de lo clásico: excavaron los predios en busca de estatuas

antiguas, lavaron los viejos pergaminos adulterados por la piedad conventual, rescataron aquellos primores profanos que el pudor de los monjes había encerrado en cofres de triple llave... Pronto, esa actividad puramente arquelógica les resultó insuficiente. El contacto mismo con la libertad antigua de inspiración multiplicó sus curiosidades. Ensayaron, en latín o en su romance vernáculo, remedos literarios de lo clásico, abiertos ya a todas las insinuaciones de la paganía... Aun no les bastó. Codiciosos de saber, quisieron explorar, no sólo el pasado, sino lo actual, no sólo el Tiempo, sino el Espacio también; ansiaron conocerse mejor a sí mismos, a la Naturaleza, al mundo en torno. Diéronse entonces con una especie de frenesí a todas las indagaciones. Perfeccionaron la brújula y el astrolabio para burlar el engaño de los mares; inventaron cristales para mirar a las estrellas; la pólvora para matarse cumplidamente; la economía mercantil y financiera para dominar y enriquecerse, el reloj de bolsillo para medir el nuevo valor del tiempo...

La ciencia, a espaldas del dogma, era un gozo que la humanidad había olvidado, un instrumento que les permitiría a ellos saciar su curiosidad universal, hacer viajes oceánicos, descubrir rutas y mundos nuevos, explorar el firmamento y darle el mentís a la jerarquía sideral del Medioevo, crear la imprenta y abrirle también así caminos y continentes inéditos al espíritu. Reducido antes a privilegio de clérigos y de claustros, a seco fruto de glosas aristotélicas y de disputaciones teológicas, el saber se diversifica y mundaniza en un ameno convivio al cual todos los hombres se sienten invitados. Poco a poco estos hombres se van rebelando contra todas las trabas tradicionales; recobran el sentido histórico y el sentido crítico; desmenuzan, valoran, polemizan. Producen en cada una de sus ciudades climas nuevos para la sensibilidad, y en ellos, una actividad creadora incesante, un ritmo vital casi frenético, una raza de artistas como el mundo no había tenido ocasión de ver juntos desde los días de Pericles.

¿Qué cosa fué, pues, y cómo se desarrolló, aquella época de milagros? ¿Qué claridades la anticiparon? ¿Qué condiciones históricas la hicieron posible? ¿A qué secretas reacciones interiores respondió, y cuál fué, en fin, su alcance en el tiempo y en el espacio? Veámoslo un poco más detenidamente.

El Renacimiento, como lo sugiere la palabra misma, fué la reaparición en el mundo de algo que ya había existido antes. Por mucho tiempo, ese algo se identificó demasiado con la cultura clásica, porque el primer ademán del siglo XIV fué, como antes dije, hacia la resucitación del saber antiguo. Pero en realidad, aunque los primeros humanistas apenas se percataran de ello, se trataba de algo más esencial. No tanto de la expresión clásica en sí misma como del sentido de la vida que ella representaba.

El Medioevo había sido la culminación de aquel movimiento de fuga del mundo que se inició con la decadencia de Roma. Al desplazarse hacia el Más Allá la atención de los hombres, quedó sumida en su estimación la cultura pagana, demasiado adicta a la forma, a lo humano y terreno. En lugar de aquella dirección horizontal de los valores clásicos, la Edad Media elaboró una cultura y una vida regidas, como sus catedrales, como su misma organización feudal y artesana, por una norma vertical, de elevación al cielo. Esta norma exigía un severo equilibrio, una rígida supeditación de unas partes a otras y de las partes al todo: del arbotante a la nave, del vasallo al señor, del aprendiz al maestro, del hombre a Dios. Cuanto estorbara a esa estructuración era tenido por nocivo. De la cultura clásica, centrífuga, individualista, libérrima en sus formas y designios, la Edad Media apenas retuvo más que el formalismo aristotélico, que le suministró la armazón lógica para esa concepción unitaria de la vida y del mundo.

La Iglesia presidía ese orden de cosas y de valores. Mientras la Iglesia fué fuerte, el equilibrio se mantuvo. Por bajo la armazón severa, discurría la vida con todas sus frustraciones y apetencias, con sus pequeñas alegrías y sus grande dolores. Pero las curiosidades andaban refrenadas. Los hombres apenas se atrevían a querer ni averiguar nada que no les auxiliara en su gran problema: la salvación del alma.

Mas no era posible hacer cumplir indefinidamente este voto de castidad de la inteligencia. Las curiosidades reprimidas tentaban secretamente a los hombres. Ya Escoto y Abelardo se habían aventurado en averiguaciones impacientes. Los disentimientos y herejías medraban. Un franciscano —Joaquín de Flora— se atrevía a declarar proféticamente: "El reino del Padre ha pasado;

el reino del Hijo está pasando; se acerca el reino del Espíritu''. Federico II se embebía en la dispersa fragancia de los jardines provenzales. Los fabliaux, las trovas, los cantos estudiantiles, toda la picaresca literaria oral, traducían la palpitación de vivir gozoso a espaldas de los atrios. A medida que la vigilancia de la Iglesia se debilitaba en cismas y conflictos con el poder secular, esos signos de rebeldía de la curiosidad se multiplicaban.

El Dante acusa ya una división interior. En su vida, el sentido y acatamiento de la autoridad alternan con una irrefrenable turbulencia. En su gran poema, las imágenes de Beatriz y de Paolo y Francesca se entrecruzan con la visión teológica. Visita los Infiernos: pero va conducido por Virgilio. Es ya el indicio eminente de una re-estimación de lo clásico al punto de tomarlo como modelo. De ahí a Petrarca y Boccaccio, que organizan y formulan esa revaloración, no hay más que un paso, unos cuantos años. La curiosidad, al insurgir, busca una vía indirecta de liberación, y la encuentra en el elogio e imitación de aquella cultura antigua que representaba justamente el ideal contrario del Medioevo. Así se forma, a principios de siglo XIV, aquel movimiento de retorno a lo clásico, aquel preludio puramente arqueológico y literario del Renacimiento, que se habría de llamar Humanismo.

Este movimiento se afirma en Italia por razones peculiares de ambiente. Italia había sido el escenario de aquella cultura clásica que se trataba de revelar. Su suelo estaba sembrado de monumentos del pasado, y sus hijos se consideraban herederos de los romanos antiguos. Cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos y muchos escolares griegos cruzaron a la otra península, se reforzó ese sentido de la tradición clásica. Añádase a esto que Italia era, de todos los países europeos, aquél en que la organización unitaria y ecuménica de la Edad Media se había quebrantado más. Tras la ruina del Imperio, habían surgido allí numerosas ciudades independientes, cada cual con sus propios orgullos y blasones, todas empeñadas entre sí en crónicas guerras y disputas. No obstante estas luchas, acaso en parte por ellas, estas ciudades se habían enriquecido. Los préstamos a los príncipes habían fomentado la banca, que a su vez había buscado nuevo empleo a sus caudales en el comercio exterior. La opulencia favorecía el lujo de la guerra, del vivir regalado y del saber. Aunque tan

cercanas a Roma, estas ciudades estaban más liberadas de ella en lo espiritual, porque le veían mejor las grietas.

En Italia se inicia y prospera, pues, la reconquista de la paganidad. El Humanismo fué el resorte que desató las curiosidades acumuladas. Los hallazgos de la letra y el mármol antiguos revelaron la existencia, fuera de la Iglesia y del Cristianismo, de una vida más alegre y más libre, de una posibilidad de armonía entre la razón y la naturaleza y un goce pleno de ambas. El curioso bautizado de humanismo se siente incitado a realizar de nuevo esa posibilidad en su propia existencia, dándole rienda suelta a todas sus curiosidades inhibidas, tanto las del espíritu como las de los sentidos. Excluído de la acción pública por la tiranía que pesa sobre las ciudades-estados, se ve obligado a desarrollar por otras vías su personalidad, y la desarrolla casi monstruosamente. Discurre así la hazaña marítima, o se crea una especie de acción dentro de la contemplación. De ahí que la cultura, la investigación científica, el arte, los viajes, asumieran en el Renacimiento aquel tono militante y apasionado, aquella formidable impaciencia.

Lo central del fenómeno no fué, pues, tanto un nuevo valor de cultura como un nuevo ritmo de vida. El Renacimiento es, en un sentido más profundo que el de la Revolución Francesa, la afirmación de los derechos del hombre —de sus derechos inmediatos de naturaleza. La emancipación de la curiosidad lleva naturalmente a una emancipación de la costumbre; se extiende a toda la esfera vital y produce lo que Dante había profetizado sin saberlo: una **vita nuova.** Una vida alegre, audaz, codiciosa de sí misma, fecunda hasta la exuberancia y desenfrenada hasta el crimen; una mezcla de serenidad y frenesí, de razón y de instinto, de ritmo y de licencia.

Este clima vital se condensó inicialmente en una ciudad afortunada, Florencia. Manda allí, desde 1434, un linaje de príncipes que se hacen perdonar su imperio porque ellos mismos están embriagados de la curiosidad nueva —los Médici. Al amparo de esos tiranos veniales, para quienes sólo es imperdonable el pecado de sedición, Florencia ve desfilar una época de maravilla, en que la sensibilidad se hace lujo común; el saber, militancia cívica; la

grandeza creadora, hecho cotidiano. En el Ponte Vecchio, sobre el Arno, donde el Dante conoció a Beatriz, se codean algunos de los artistas más grandes de todos los tiempos. Fra Angélico, Donatello, Luca della Robbia, Brunelleschi, Ghiberti. Los buscadores de manuscritos, los excavadores de la tierra antigua, se comunican allí sus hallazgos. Lorenzo Valle dice, todavía en latín, sus herejías nuevas, y Leonardo Bruni resucita a Platón. El risueño Vittorino de Feltre predica —siglos antes que Rousseau— una pedagogía revolucionaria ávida de crear el hombre integral y natural. Allí retorna León Batista Alberti, arquitecto, ingeniero, pintor, músico, hombre de ciencias múltiples, para celebrar "la unión de elegancia delicada y sólido vigor" de la catedral florentina. Sandro Botticelli hace nacer de nuevo a Venus en el lienzo; Marsilio Ficino alterna las armonías platónicas con las de su laúd; Poliziano elogia en versos clásicos a las grandes damas de Florencia; Picco-della Mirandola, sabio juvenil, polemiza con los rabíes sobre la inspiración de los profetas; Coello explana al Dante en aulas adonde toda Florencia acude. Con todos ellos rivaliza en lujo de sensibilidad el príncipe mismo, aquel Lorenzo de Médici, diplomático y poeta consumado, mecenas incansable, decidor famoso, que la Historia había de renombrar "El Magnífico". Y por encima aún de esa compañía increíble, destaca su estatura un hombre genial —pintor, escultor, poeta, hombre de ciencia y de pensamiento—; la encarnación viva del ideal renacentista del **uomo universale:** Leonardo da Vinci.

Para darles, señores, una imagen medianamente clara de lo que fué el Renacimiento en este sentido de acumulación genial, tendría que hacer un inventario análogo de glorias en las demás ciudades italianas: Siena, Pisa, Ferrara, Nápoles, Manuta, Venecia. El movimiento culminó en Roma. Ni la Ciudad Eterna pudo resistir la tentación de la paganidad rediviva, de la curiosidad liberada. La Iglesia misma no pudo. Un soplo largo de mundanidad oreó el Vaticano. El Humanismo engendró prelados que se lamentaban de no poder leer el pésimo latín de San Pablo y de que en Roma hubiera más campanas de las que convenía a la meditación de los hombres de letras. El solio de San Pedro se vió ocupado por una serie de papas para quienes la función pastoral importaba menos que la secular, y la religión menos que el arte y que la

vida. "Disfrutemos del papado —decía León X— puesto que Dios nos lo ha dado". Algunos, como los Borgias, sacrificaron a ese disfrute todos los escrúpulos, los humanos tanto como los divinos. Otros fueron sabios cabalísimos, como Pío II. Los más, espléndidos protectores de la cultura, que se redimieron de su mundanidad enjoyando a Roma con las preseas de Rafael, más divino que ellos, y de Miguel Angel, aquel otro cíclope del Renacimiento.

Por lo demás, esas vacaciones de la religión y de la moral fueron otro de los gajes de aquel desmán magnífico de las curiosidades. Viva el arte, aunque todo lo demás se hunda —parece ser el lema del Renacimiento. La percepción del derecho del hombre a pensar, sentir y querer libremente se extremó en una suerte de anarquía de los instintos. En la insurgencia contra la autoridad, se perdieron también los frenos morales. Aquel período brillantísimo de la cultura es el mismo en que el Aretino llena a Italia de su inmundicia epistolar, en que Maquiavelo justifica cínicamente todos los recursos del déspota, y Benvenuto Cellini, a título de gran burilador, cultiva el asesinato sin tanta exquisitez como los Borgia. Y cuando un Savonarola, en Florencia, trata de poner coto al reino de las liviandades, su oratoria inflamada tiene también los acentos del frenesí renacentista; pero anuncia ya el ajuste de cuentas, morales y teológicas, que va a pedir la Reforma, la hija reprochadora del Renacimiento.

El cosmopolitismo y hasta el turismo son también actitudes vitales de aquella época. Italia es un foco de atracción, y de ella irradian las luces y energías que extenderán el movimiento a la Europa central y occidental. Estos países asimilan por lo pronto el nuevo saber clásico —que deja establecida la base para toda educación liberal del futuro— y absorben en parte el espíritu que anima ese saber, el nuevo concepto de la vida humana.

Desde las aulas de Toscana y Lombardía, estudiosos alemanes regresan a su patria con sus nombres latinizados y con los secretos del nuevo saber. Estrasburgo, Basilea, Viena, Augsburgo, Heidelberg, devienen a su vez focos de una cultura, algo más solemne, minoritaria y polémica, que, convergiendo sobre el plano teológico y moral, va a suscitar el gran movimiento de la Reforma. El brío nuevo se cruza allí con la tradición gótica para producir artistas

tan universales como Alberto Durero; anima inventos revolucionarios como el de Guttemberg; infunde el denuedo que le permitirá a Copérnico, en Polonia, realizar el descubrimiento científico más importante del Renacimiento: la teoría heliocéntrica del Universo, que al disipar la ilusión de que la tierra es el centro de los mundos, da el golpe de gracia al absolutismo medieval, condenado en última instancia por el **Epur si muove,** de Galileo.

En Francia, que por ciertas complicaciones políticas se mantenía en comunicación muy directa y continua con Italia, el Renacimiento es un baño tempranero de gracia, que hará posibles las delicadezas cortesanas, los palacios de Fontainebleau y los sonetos de Ronsard: que explicará enseguida a Rabelais, con su monstruoso desbordamiento de imaginación y de realismo, de erudición y de sátira, de profundidad y desvergüencia; decantará sus esencias criticistas en el ensayo de Montaigne y abonará el terreno para la gran floración del Siglo de Oro.

Retardado por circunstancias internas de orden político, el Renacimiento no alcanzó su culminación en los Países Bajos —como en España—, hasta el siglo XVII. Pero su más nobles curiosidades tuvieron pronto un cultivador y exponente egregio en Erasmo de Rotterdam, acaso la figura intelectual más depurada y estimulante de la época. Tan influyente fué, que por su irradiación se mide el alcance inicial que el Renacimiento llegó a cobrar en España como fuerza de cultura intelectual.

Se ha discutido mucho hasta qué punto puede decirse que hubiera un Renacimiento español. Coincidiendo con ciertas influencias literarias de Italia, el movimento erasmista, que estimuló las actitudes críticas y filosóficas, llegando a destacar la figura de un Luis Vives, pareció anunciar en la Península un brote vigoroso del espíritu renacentista. Pero ese impulso inicial fué atajado, y en parte frustrado, por la reacción que se operó contra la Reforma, es decir, contra las depuraciones que el Renacimiento mismo había determinado en el orden moral, teológico y eclesiástico. A España, por el poder imperial de que la habían dotado los descubrimientos y conquistas, le tocó ser la sostenedora y abanderada de ese movimiento de represión que se llamó la Contra-Reforma. El Renacimiento sólo se exteriorizó intensamente allí en el ímpetu vital de los navegantes españoles y portugueses y de los

conquistadores. Dejó, sin embargo, la semilla que, un siglo más tarde, había de proliferar en los Cervantes, los Camoens y los Velázquez.

Parejo retraso, aunque por causas bien distintas, condicionadas por la posición insular, había de experimentar Inglaterra. Anuncióse allí el Renacimiento con la poesía matinal de Spencer, todavía algo soñoliente del Medioevo, y con el pensamiento, ya muy despierto, de Francis Bacon, el gran formulador del método experimental en que había de encontrar su arranque la ciencia moderna. Pero no alcanzó su más alta eminencia hasta la Era Isabelina, dominada por aquella cumbre señera que fué Shakespeare.

Vemos, pues, que aquel tiempo acelerado de la cultura y de la vida que el Humanismo suscitó desde comienzos del sigloXIV, y que en Italia no alcanzó su máxima intensidad hasta mediados del siglo siguiente, se comunicó desde allí, en mayor o menor grado, a todos los demás países de la cultura occidental, determinando en cada uno de ellos peculiares reacciones que habían de marcar ya el comienzo de una nueva época: la Epoca Moderna.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Bueno, este es el caso hoy del alguacil alguacilado. Ustedes dirán. ¿Preguntas?

SR. MANUEL ZALBA: Dr. Mañach, usted ha dicho en su conferencia que el Renacimiento fué precedido por el Humanismo. Ahora bien, ¿usted no cree que la revolución que causó el Renacimiento no hubiera muerto de no surgir el invento de la imprenta, que fué en definitiva el que sostuvo, ¡el que mantuvo en pie la curiosidad humana?

DR. MAÑACH: Bueno, yo creo que la imprenta fué un coeficiente poderosísimo. Lo que el Renacimiento tiene de milagroso es una especie de conspiración de fuerzas y de circunstancias que concurren en una época determinada para producir esa profunda revolución del espíritu humano. Es un suceso tan enorme que no se le puede atribuir a ninguna causa única en particular, por importante que ella sea. La invención de la imprenta, desde luego, tuvo una importancia capital, pero comparada con la dimensión del Renacimiento, resulta casi insignificante.

SR. MANUEL ZALBA: Para ampliar más la pregunta, doctor. Indiscutiblemente, que todo movimiento, cuando surge, tiende a expandirse hasta que por ley natural muere, ¿no? Ahora bien, la pregunta mía es: si la imprenta no contribuyó a sostener ese movimiento.

DR. MAÑACH: A prolongar los efectos del Renacimiento, sin duda alguna, claro está. Pero ya la libertad espiritual existía antes de la imprenta. Antes de poderse publicar cosas impresas, ya estaban circulando por toda Europa, en forma de manuscritos, cosas libérrimas en su espíritu. De manera que el Renacimiento es cosa anterior a la imprenta.

SR. OTTO JAHKEL: Dr. Mañach, si el Renacimiento cumplió una gran misión al buscar ese despertar del arte en el mundo, y lo salvó, casi se puede decir de una etapa de barbarie, ¿no sería bueno que en la actualidad hubiera un renacimiento de aquel espíritu de rebeldía sostenido por los comuneros de Castilla, por ejemplo, contra toda imposición de tipo militar que trate de acallar cualquier voz libre que defienda la cultura o cualquier doctrina?

DR. MAÑACH: Creo que todo brote, o toda renovación de la libertad en el mundo es siempre saludable. Soy un firme partidario de eso; pero, desde luego, la Historia no se hace a voluntad de los hombres. La Historia tiene, pudiéramos decir, su propia voluntad. Los hombres contribuímos a ella; pero, el proceso histórico trasciende mucho de la voluntad de los hombres. Hoy día están operando fuerzas que, desde luego, conspiran contra la libertad. Esa es una razón más para que nosotros ejercitemos nuestra libertad y tratemos de vencer esas fuerzas.

DR. MANUEL DE LA MATA: Sabiendo que la filosofía imprime a la cultura de cada época un sello peculiar, y observando que la filosofía del momento actual está intentando revalorizar y replantear problemas anteriores, ¿no sería preferible que el pensamiento filosófico de los tiempos actuales se dirigiese más hacia la filosofía que informó el Renacimiento, que no hacia la filosofía que encarnó la cultura medieval?

DR. MAÑACH: Es discutible, Dr. Mata, y de hecho se discute mucho, si la filosofía le imprime carácter a una época, o si más bien es todo lo contrario, si es resultante del carácter de una época. Desde luego, en todas las épocas hemos encontrado siempre debatiéndose fuerzas antagónicas. Cada una de esas fuerzas se exterioriza filosóficamente, y claro está que hay siempre una que tiene un acento dominante, y eso es lo que llamamos la fisolofía propia de esa época. Hoy día, por ejemplo, está de moda el existencialismo. Se está hablando mucho del existencialismo. Cualquiera que sea su valor como filosofía, no hay duda ninguna de que es una filosofía muy característica, que está recogiendo esa angustia, ese desasosiego, esa desazón de una época crítica, que es la que estamos viviendo.

DR. MANUEL DE LA MATA: Precisamente he hecho la pregunta al Dr. Mañach, basándome en este intento de revalorización de la metafísica y de las tendencias medievales que llevarían a la teología a través del existencialismo, porque me parecería más útil que los filósofos actuales se preocupasen un poco más por un sentido humanista y no por un sentido metafísico, que, a fin de cuentas, decayó plenamente en la Edad Media y

ha ido decayendo intensamente cada vez más y si hemos visto a través de la conferencia del Dr. Mañch, que en efecto el Renacimiento es una revalorización intensa de la vida, de la intensidad vital, del ritmo vital de la humanidad y ha dado un resultado tan magnífico en el arte, en la cultura, en la ciencia, en todos los aspectos, en tanto la Edad Media ha sumido al hombre en un sentido de angustia terrible, de no tener solución en esta vida y mirarla con un valle de lágrimas y crear el servilismo profundo, a ésto precisamente pienso que nos podría llevar una mirada retrospectiva de la filosofía actual, de tipo existencialista, por ejemplo. Por eso yo preguntaba si creía el Dr. Mañach que sería preferible que estos señores que gastan una cantidad enorme de energías en revalorizar la metafísica con tendencias teológicas fundamentalmente, para hacernos vivir con una preocupación puramente medieval, podrían quizás hacer una labor mucho mejor en bien de la humanidad, en bien de la vitalidad del hombre y de sus magníficas proyecciones hacia un sentido humanista más que metafísico.

DR. MAÑACH: En primer lugar, Dr. Mata, usted sabe aquéllo de que cada cual tiene la filosofía, no que quiere, sino que puede. Fichte nos dijo —y creo que fué muy valeroso al decirlo— que cada hombre tiene la filosofía que le dicta su temperamento. De manera que los temperamentos tímidos, los temperamentos que no se atreven a enfrentarse valerosamente con las contingencias que una determinada época presenta, tienden siempre a fugarse un poco por la vía espiritualista. Siempre habrá filósofos y metafísicos en el sentido que me parece que usted le está dando a la palabra, aunque no toda metafísica sea necesariamente espiritualista; hay metafísica materialista también. Hoy, inevitablemente, hay esa filosofía que pudiéramos llamar de fuga. Por otra parte, no podemos desconocer que la época que estamos viviendo es una época muy incómoda, de mucha desazón espiritual. El hombre necesita sustentáculos, necesita puntos sólidos en que apoyarse, y cada vez que se produce una época crítica en la Historia, hay una resurrección de tendencias metafísicas y espiritualistas que intentan proveer al hombre de asideros. Y siempre ocurre aquello de que el tiempo pasado fué mejor. Por eso usted ve que hoy día hay gentes nostálgicas de la Edad Media; no figuro entre ellas, pero las hay.

SR. PEREZ DIÑAN: Doctor: ¿qué importancia tuvo el factor económico en todo ese movimiento del Renacimiento, si es que tuvo alguna?

DR. MAÑACH: Una importancia considerable, pero pudiéramos decir lo mismo que decíamos a propósito de la imprenta, ¿no? Creo que también es una exageración eso de que lo económico condicione de una manera decisiva o determine el proceso histórico. Hay cosas mucho más poderosas que la economía. Creo que era Madariaga el que decía: "hace algún tiempo pensábamos que todo estaba condicionado por la economía; últimamente pensamos que la economía misma está condicionada por

la psicología". Siempre hay fuerzas más profundas que lo económico que están operando un determinado tiempo histórico. Pero no hay duda de que, efectivamente, lo económico tuvo su importancia. Yo mismo señalé todo aquel movimiento de creación de la banca, etc., que tanto contribuyó al enriquecimiento de las ciudades italianas y, por consignuiente, a crear un clima más próspero para la cultura. ¿Está clara la respuesta?

SR. IGLESIAS: Dr. Mañach, acaso el movimiento cultural de los árabes durante su estancia en España, ¿no fué un primer paso prerrenacentista, dado que ellos mantuvieron una atención cultural nueva y un impulso vital profundamente humano, aunque no con esa energía con que la vieron los renacentistas italianos, pero con un sentido muy amante de la vida, de las comodidades y del refinamiento?

DR. MAÑACH: Bueno, asociar demasiado las cosas es confundirlas. El prurito por encontrarles antecedentes a los grandes hechos históricos, muchas veces saca las cosas de quicio. Sería forzar demasiado los conceptos, el decir que la cultura árabe en España, con haber sido un acontecimiento de indudable relieve, como ya se puso de manifiesto aqui, fuese un preludio del renacimiento. No. En primer lugar, lo árabe no era una cosa directamente occidental; venía muy enriquecido por influencias occidentales a través de la filosofía griega, etc.; pero representaba una actitud vital completamente distinta, mucho más estática, y pudiéramos decir un poco más decorativa, ante la vida. Y el Renacimiento, en cambio, fué una cosa netamente occidental y una actitud mucho más vital, sin duda alguna.

SR. JULIO MARTINEZ: Dr. Mañach, yo he leído que en el Renacimiento, la filosofía pura o la metafísica no se estudia porque hay un cambio. La época moderna también está en cambio, pero hoy hay sistemas filosóficos muy bien fundados. Yo quería saber por qué hay esa ausencia de filosofía pura, no filosofía política, filosofía pura, en el Renacimiento. Y también quisiera que usted me aclarara un poco más la tesis según la cual el hombre empieza a **cosificar** en el Renacimiento. ¿En qué medida se empieza a cosificar el hombre y atribuye a la economía, al absolutismo económico? ¿En qué medida el hombre no fué "cosa" en la Edad Media?

DR. MAÑACH: Bueno, en cuanto a la primera pregunta, creo que sería exagerado decir que no hubo filosofía en el Renacimiento. El Renacimiento, desde luego, tuvo una actitud eminentemente crítica; su acento estuvo puesto en la crítica de toda la filosofía anterior. Estuvo muy dominado por una actitud anti-escolástica, de impugnación de la filosofía de la Edad Media. Pero en el Renacimiento se producen todos los albores, por así decir, del pensamiento filosófico moderno. Hay figuras, como Telesio, por ejemplo, un filósofo muy interesante y muy poco recordado; Giordano Bruno es un pensador de vuelo metafísico muy considerable, de extraordinaria influencia en su época y aún posteriormente. En la filosofía social, Maquiavelo, Campanella, etc. De manera que no se pudiera

afirmar así tan categóricamente que no hubo filosofía. Y eso sin extender el Renacimiento hasta el siglo XVII, porque entonces nos encontraremos por lo pronto con Bacon y con la gran figura de Descartes, que es el padre de la filosofía moderna. En cuanto a lo otro de que el hombre empieza a "cosificarse", yo nunca he entendido muy bien eso de "cosificarse", de "cosificación", francamente. Si lo que se quiere decir es que el hombre empieza a valer más como objeto que como sujeto, si eso es lo que se quiere decir, sería muy discutible la tesis. Yo creo que es todo lo contrario. A mí me parece que es precisamente en el Renacimiento cuando se acentúa la conciencia humana, cuando el hombre empieza a independizarse, a valer como individuo y, por consiguiente, a acentuarse la subjetividad, no la "cosificación" del hombre.

Gustavo Pittaluga

El Molde de Leonardo

EL molde de Leonardo no ha dado ciertamente muchos ejemplares parejos. Se trata de uno de los seres más extraordinarios, —por su exuberancia vital y por la magnificencia de sus creaciones intelectuales—, que nos ofrece la historia de las grandes personalidades.

Pero no estamos aquí reunidos para complacernos en exclamaciones de admiración. Nuestra tarea consiste, creo yo, en darnos cuenta, si es posible, de las fuentes de tan poderosa energía espiritual; del tiempo y del ambiente que forjaron ese molde y dejaron en el barro mortal la impronta de esa virtud creadora.

Leonardo es la representación culminante de todos los impulsos renovadores del Renacimiento. Nace en 1452 y muere en 1519. Es un contemporáneo de Cristóbal Colón, cuyas carabelas arriban en 1494 a las costas de Cuba; y del astrónomo Copérnico, que entre 1500 y 1512 descubre y describe los movimientos de los planetas del sistema solar; y de los grandes humanistas, Marsilio Ficcino, Pico de la Mirandola, que exhuman y exaltan en Italia las doctrinas de Platón; y de Erasmo de Rotterdam, que por aquellos mismos años, a través de toda Europa, sugiere con un proselitismo encendido una visión filosófica de la vida a las almas perturbadas por la lucha contra la Iglesia de Roma y la Reforma de Martín Lutero.

Y es Leonardo un hijo ilegítimo; un hijo de la libertad amorosa. Pocos años antes que él naciera, en 1436, un pintor de Florencia, Filippo Lippi, decoraba con sus frescos el Monasterio de Santa Margarita, por encargo de Cosimo de Médici. Era un

religioso, de la Orden de los Dominicos. Tenía treinta años de edad. Un buen día desapareció. Una joven monja, Lucrecia **Buti,** le servía de modelo para la Virgen. No volvió al convento desde aquel mismo día. La persecución de la justicia hubiera podido conducirlos a tristes consecuencias. Pero intervino Cosimo de Médici y pidió al Papa, —era Eneas Silvio Piccolomini, Pío II—, que desligara de sus votos a los dos prófugos y permitiera que se casasan. **Créscite et multiplicamini,** pensaría sonriendo el Papa humanista. De este amor nació Filippino Lippi, quien superó a su padre en el arte pictórico. Libertad amorosa. Renacimiento. Y el tumulto de los descubrimientos y de las invenciones, los viajes a las tierras incógnitas, la avidez con que el hombre, de pronto, parece aspirar en una conmoción unánime a lo grande y lo hermoso, que Burckhardt ha esbozado en un espléndido cuadro en sus **Reflexiones sobre la Historia Universal,** y en su libro sobre **La Cultura del Renacimiento en Italia;** un "esfuerzo colectivo de superación de la belleza''. Este esfuerzo consciente fué el signo del Renacimiento.

Y quizás sea ésta la definición de lo **hermoso.** Incluso si se trata de un fenómeno natural. Cuando decimos de la naturaleza que es hermosa, fundimos la belleza de un paisaje, la gracia de un arroyo, la riqueza vegetal de un bosque, el color del cielo, los tonos variados de una pradera florida, todas estas sensaciones placenteras las fundimos en una imagen de mayor jerarquía. Percibimos lo "hermoso" que es todo eso. Nos parece, —así debió parecerle a Leonardo, desde su infancia andariega, explorador de la dulce campiña en torno del pueblo de Vinci—, como si la naturaleza misma, materia y energía, y las fuerzas vitales que la rigen o el designio divino que la ordena, hubieran dispuesto las cosas para darnos una impresión de magnitud y magnificencia que es, en efecto, "superación de la belleza''.

Esta impresión la tendremos luego ante los cuadros de Leonardo. No saldrá de nuestros labios ninguna otra palabra, ninguna expresión redundante, ninguna tampoco que limite o disminuya el valor de lo "hermoso". Porque en sus obras habrá el latido del siglo, concentrado en su espíritu como una fuerza creadora y devuelto al mundo para que la posteridad goce en la contempla-

ción al unísono con la emoción de la época en que Leonardo las pensó y las creó.

El Renacimiento es una "mutación" en la historia del espíritu humano. Está preñado de todo lo que en la Edad moderna, en los "nuevos tiempos", tendrá plena realización, múltiple y divergente, en las Ciencias, en la Filosofía, en los grupos nacionales y sociales. Y en Leonardo está la representación viva de la mudanza. **Leed su Tratado de la Pintura.** Leed el párrafo inicial; el primer Capítulo del gran Tratado, —traducido al español por vez primera por mi hijo Mario Pittaluga y publicado hace cinco años por la editorial Losada de Buenos Aires. El título del párrafo es éste: "De si la pintura es o no es Ciencia". Todo Leonardo está allí. Porque él fué quien por vez primera definió la Ciencia como "experiencia", más aún, como "experimentación"; y la puso y la impuso a sí mismo como fundamento de todas las actividades humanas, desde la artesanía que él practicó hasta las perfecciones de su arte pictórico; desde sus estudios y ensayos para construir una máquina voladora hata las maniobras militares de las huestes de César Borgia, de las cuales fué Leonardo ingeniero jefe en las correrías del año 1503; desde las minuciosas investigaciones sobre la anatomía del cuerpo humano hasta el análisis matemático que le sirvió de base para escribir el Tratado de Hidráulica, conocido con el nombre de "Códice de Leicester" y redactado en Florencia en 1508. Giorgio Vasari, en su **Vida de Leonardo**, escrita años después de la muerte del gran pintor, parece como asustado cuando dice: "...Y tantas fueron sus divagaciones que filosofando de las cosas naturales llegó a entender las propiedades de las hierbas, observó los movimientos del cielo, el curso de la luna y todos los traslados del sol". Este ingenuo e inconexo asombro de Vasari no es nada para nosotros, es apenas un indicio de la ingente labor de Leonardo. Recogida hoy, con minuciosas pesquisas y devoción ejemplar por gran número de estudiosos, esta labor de Leonardo, —tarea preparatoria para sus cuadros, apuntes, dibujos, cartas, textos, informes, tratados—, esta incansable faena en busca de la verdad y de la forma, despierta en nosotros otras reacciones espirituales y exige una profunda atención, un examen crítico que aún apoyándose en el ineludible estupor admirativo,

nos dé razón de este milagro de la naturaleza y nos permita interpretarlo en el marco de la evolución histórica del pensamiento humano.

Paul Valery ha escrito a este propósito unas páginas sugestivas y agudas. En un Ensayo sobre **Leonardo y los Filósofos,** Valery plantea resueltamente el problema de la posibilidad de una expresión de la filosofía que no sea meramente literaria o verbal, sino también plástica y artística. El filósofo, —escribe Valery—, expresa por el discurso el resultado de sus meditaciones. Trata de constituir un saber enteramente expresable y transmisible por el lenguaje. Mas para Leonardo el lenguaje no lo es todo. La forma plástica posee igual jerarquía. Expresa igualmente ideas, conceptos, tesis, razonamientos y afectos, hipótesis y ensueños. En suma: la pintura también entraña y expresa una filosofía. Leonardo dibuja, calcula, construye, decora, utiliza todos los medios materiales para afirmar su capacidad, —la capacidad de estos medios—, de soportar y ensalzar los ideales. Como el filósofo, quiere proponer al mundo la audacia de acometer una interpretación de la vida del Universo; —y fija esta aspiración trascendente en la sonrisa de la **Gioconda.** Esto es, pues, —concluye Valery—, lo que nos parece maravilloso en Leonardo: Leonardo tiene por filosofía la pintura. Demuestra, —y su demostración es inmortal—, que la expresión máxima de un pensamiento filosófico no se ciñe al lenguaje; se afirma también en las artes plásticas y él mismo la ofrece en la pintura. Valery ha hecho resaltar además que la idea del animal-máquina, tan grata a Descartes y elemento central de su filosofía, aparece mucho más activa y en cierto modo actuada en Leonardo. Era Leonardo mejor anatómico, desde luego, y más mecánico que Descartes. La ambición de lograr el autómata era en Leonardo todopoderosa. Fué el primero que describiera en sus detalles más nimios el delicado juego de las articulaciones del esqueleto humano, las propiedades funcionales de los huesos, la estética y la dinámica del principio de adaptación entre los órganos.

Si quisiéramos atrevernos a una comparación, quizás tan sólo en Goethe, tres siglos más tarde, encontraríamos una personalidad excelsa tan compleja como en Leonardo. Leonardo es, en la estre-

mecida exaltación del Renacimiento, la unidad del espíritu. Goethe reafirma la unidad del espíritu al salir, él sólo, del turbión del Romanticismo.

Nótese bien que de Leonardo se conservan y conocen apenas quince a veinte obras pictóricas: el gran fresco de **La última cena**, en Milán; en el Museo del Louvre de París, seis cuadros al óleo; la **Gioconda** en primer término, la **Virgen de las Rocas**, el retrato de la **Belle Ferroniére**, un **San Juan Bautista** y una **Anunciación**; en la Galería de Uffizi en Florencia, la **Adoración de los Reyes Magos**, otra **Anunciación** y una parte del **Bautismo**, terminado por alguno de sus discípulos; en el Vaticano, el **San Jerónimo penitente**; en Viena, el retrato de **Ginebra dei Benci**; en Munich, una **Madonna**; en el Museo Czartoryski de Cracovia, en Polonia, la **Dama de la Comadreja**: y en el Hermitage, el Museo de Leningrado, dos Madonnas, una de ellas, **Madonna Litta**, inconclusa. Eso es todo. La **Leda** de la colección Johnson de Filadelfia es reconocidamente copia del cuadro original de Leonardo, desaparecido, y se debe a uno de sus discípulos, probablemente César da Sesto; como otra que se halla en la Galería Borghese de Roma.

Sin duda el Tiziano, por ejemplo, o Velázquez, son pintores cuya producción, igualmente admirable, supera con mucho a la de Leonardo. Quizás Dante, o Shakespeare, sean en la cubre de las obras poéticas figuras de más relieve todavía que Goethe. Pero Leonardo abarcó al saber humano en su conjunto, acometió los más arduos problemas científicos, asentó la ciencia y la técnica, con prodigiosa previsión del porvenir, como soportes y fundamentos de su arte y de la creación estética de todos los tiempos. Y Goethe, naturalista y poeta, supo extraer de sus estudios sobre la metamorfosis de las plantas o la estructura de los huesos, los valores que la naturaleza nos ofrece a todos como inspiradores de los más altos vuelos del alma. Había en él, como en Leonardo, una insaciable curiosidad, jamás desviada hacia la frivolidad; siempre sostenida por una atención y una perspicacia que, multiplicadas por el trabajo y el esfuerzo, intentaba penetrar en lo más hondo de los fenómenos naturales, y en lo posible, explicarlos con el razonamiento y con el artificio, desentrañarlos con la intuición, repro-

ducirlos con la creación de la forma, —arte poético en el uno y arte pictórico en el otro.

En la audacia de este enlace, —empresa titánica del espíritu—, estaba implícita, —como en un molde predestinado para la perfección de una estatua de bronce—, la personalidad de Leonardo. Y su gloria está en haber sido una soberbia encarnación de los ideales de su tiempo.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Esta es la gran oportunidad que realmente tienen ustedes de aclarar sus dudas sobre el Renacimiento. De manera que aprovéchenla. Preguntas al Dr. Pittaluga.

SR. FAUSTINO PEREZ: Es precisamente una pregunta que quería hacer anteriormente. ¿Surgió la Reforma para criticar el Renacimiento precisamente?

DR. PITTALUGA: Los movimientos históricos casi nunca se proponen claramente una determinada finalidad. Surgen porque a ello los empujan los acontecimientos anteriores. El Renacimiento como ha indicado con tanta exactitud el Dr. Mañach, llegó a términos de paganismo filosófico y práctico. Paganismo de conducta que exasperó los espíritus severos, sobre todo del norte de Europa. Los exasperó, al propio tiempo, en coincidencia con exasperaciones de orden local sobre la situación económica; y la rebelión espiritual de Lutero obedece esencialmente a los dos motivos: una repulsa contra la demostración excesiva de sensualidad pagana en el Vaticano, y una rebeldía de grupos sociales contra los últimos tiempos del feudalismo alemán. Por tanto, una finalidad priorística no creo que exista nunca. Cuando se trata de muchedumbres, de colectividades, nadie se propone concretamente una cosa. Obedecen a cosas anteriores. Son reacciones contra factores anteriores. Y así lo fué la Reforma.

DR. BEGUEZ CESAR: Hoy es día grande en la Universidad del Aire. Hemos tenido el gusto de oír dos buenos y grandes ensayos. Dr. Pittaluga, ¿no cree usted que Leonardo de Vinci es uno de los más grandes físico-mecánicos que haya producido la humanidad?

DR. PITTALUGA: Ciertamente. Yo no he podido entrar en detalles acerca de la gran cantidad de documentos que se conservan; usted sabe que ha sido publicada no hace mucho, hace cuatro o cinco años, quizás algo más, una edición príncipe de la totalidad de las obras de Leonardo, de todas las que se han podido recoger. Entre ellas hay pruebas fehacientes de lo que usted sostiene. Fué un precursor, incluso, por ejemplo, en las leyes de la dinámica, en muchas, en las leyes de la hidráulica, como lo he hecho

notar en mi exposición. Ahora, lo que no veo tan claro, en cambio, es cómo esa parte precisamente de la obra de Leonardo se enlace con la definición del Humanismo. Humanismo es cosa bien distinta, por cierto, de toda cosa de tipo técnico, y se enlaza, claro está, con el sentido de esfuerzo, de ímpetu, de novedad, de impulso vital para buscar soluciones al pensamiento humano, aplicaciones vigorosas del pensamiento a la práctica. Pero como manifestación concreta de una forma de vida, de actividad espiritual, la obra científica y técnica de Leonardo no es, ciertamente, una representación de la primera faz humanística del Renacimiento, la cual es mucho más evocación de los clásicos por pura complacencia del espíritu, o bien por tendencia luego filosófica, como en los neo-platónicos del tiempo del Ficino, de Pico de la Mirandola, etc. Esto es lo que me parece.

DR. BUGUEZ CESAR: Usted sabe, Dr. Pittaluga, que hay una divisa de él, el llamado "obscinato rigore", que es la pasión a que hacía referencia el Dr. Mañach. ¿No cree usted que exista una honda vinculación con el proceso del llamado Renacimiento, que tan bellamente lo ha expuesto hoy el Dr. Mañach?

DR. PITTALUGA: Ciertamente, es muy probable.

DR. MANUEL DE LA MATA: Dr. Pittaluga, nos encontramos siempre al estudiar el Renacimiento, como muy bien se ha hecho notar, multiplicidad de actividades, multiplicidad de enfoques, e inclusive se ha comparado muy bien en su conferencia con este otro gran genio múltiple y polifacético que fué Goethe. Ahora, nos encontramos en la civilización actual, una preocupación fundamental por la especialización, por la visión unilateral de la vida, sobre todo en la América. ¿No cree el Dr. Pittaluga que sería conveniente insistir, en ese sentido humanista, de enfoque total y multifacético de la vida, para evitar un sentido pragmatista que lleve al hombre a una deformación de lo que es la vida en sí realmente.

DR. PITTALUGA: Me parece muy acertada la proposición en sentido amplio, humano, social, filosófico, del Dr. Mata. Me parece evidente además. Yo, no hace mucho, hace dos años, dí una conferencia en el Lyceum sobre la ciencia la técnica y el arte, en que cité unas palabras del presidente de la Institución Rockefeller, que decía exactamente lo que usted ha dicho, y que criticaba a fondo el exceso, la desproporción —diremos mejor— entre los medios de que disponía la enseñanza técnica en los Estados Unidos, (aludía concretamente a la educación en los Estados Unidos), y las muy escasas dotaciones para los estudios humanísticos, es decir, para los estudios que conducen, no a la ciencia aplicada, sino a la ciencia pura, o más que a la ciencia, al **sofos**, a la sabiduría. Ahora, todo ésto nos conduce a Goethe otra vez; único medio para lograrlo: cultivar su jardín.

DR. MAÑACH: Hay una frase muy graciosa, Dr. Mata, que yo no sé si usted conocerá. Es de Butler, que fué presidente de la Universidad de Colombia: "hoy día sabemos cada vez más y más de menos y menos".

SRTA. ROSA MARIA DEL VALLE: Dr. Pittaluga, yo quisiera que usted me despejara una duda que tenía cuando estudiaba Historia: si el Renacimiento que empezó en aquella época, terminará cuando el hombre haya obtenido la liberación del hombre sobre el mismo hombre, que trata de esclavizarlo...

DR. PITTALUGA: Bueno, si hablamos de épocas históricas, no podemos darle tanta latitud, ni podemos prever lo que pase en el porvenir. Por fuerza hemos de encajarlo, no digo en fechas fijas, ni mucho menos, se puede fijar fechas; pero, en fin, tenemos que decir que empieza a fines del siglo XIII, y que tiene su auge en el siglo XVI, para declinar en el XVII. Pero es evidente que su impulso y su significado, no es que se continúen, es que perviven a través de los nuevos tiempos, y un día cualquiera darán de pronto un esplendor de floración renovada, como si viviéramos en los tiempos de Leonardo. Y espero que usted lo vea.

Mercedes Labourdette

XXI

Humanistas y Arqueólogos del Renacimiento

DESPUES de la lección introductoria sobre el Renacimiento dada por el Director de la Universidad del Aire, Dr. Jorge Mañach, con la maestría y brillantez a que nos tiene acostumbrados, considero innecesario en este trabajo todo preámbulo acerca del significado, génesis y extensión del humanismo. Nuestra tarea consistirá, y el tiempo nos es poco para ello, en seguir algo más de cerca los pasos y las ideas de aquellos caballeros andantes de la pluma y de la elocuencia cuya recia e inconfundible personalidad ha dejado una huella imborrable a través de los siglos.

En esta apretada síntesis es natural que nos refiramos muy especialmente a los humanistas italianos. El humanismo es un fenómeno netamente italiano. Encontró terreno abonado en Italia, gracias a una serie de concausas: las condiciones políticas y sociales que tendían a la emancipación del individuo, la continua tradición de la lengua latina, el testimonio constante de la existencia de los griegos en la región conocida con el nombre de Magna Grecia, la supervivencia de los restos de la antigua escultura, la constante presencia de las ruinas de la Roma antigua y el orgulloso convencimiento de los italianos de ser los descendientes en línea directa de los antiguos romanos.

Suele señalarse también como una causa del Renacimiento de los estudios griegos en Italia, la toma de Constantinopla por

los turcos en 1453, que obligó a numerosos sabios a emigrar; pero lo cierto es que medio siglo antes, Crisoloras había enseñado el griego en Florencia, patria del humanismo, y que al menos, cinco de los más notables prófugos griegos, Teodoro Gaza, Trapezuntio, Argirópulo y Chalcondylas, llegaron a Italia cargados de sus mass. y dispuestos a dar lecciones de griego mucho antes de la caída de Constantinopla.

Por otra parte, bueno es advertir que el humanismo propugna un resurgimiento y una nueva apreciación de los autores antiguos, y no un renacimiento propiamente dicho. En la Edad Media no se extinguió jamás el estudio de los clásicos. En Occidente el latín sigue siendo la lengua de todas las gentes ilustradas al mismo tiempo que la oficial de la Iglesia. Para aprender a hablarla se lee y se explica a Virgilio, a Cicerón y a Luciano y a muchos otros autores antiguos. En Oriente se habla griego como en Occidente se habla latín. Se hacen copias de los autores griegos y se los estudia con más ahinco que los occidentales a los latinos. Irlanda conserva durante la Edad Media el conocimiento del griego, y sus frailes entendidos en letras pasan con frecuencia a Francia. Y tanto en Oriente como en Occidente, con períodos de notable decadencia, los autores son trasmitidos y recopiados en los monasterios. Por eso decía hermosamente Taine, al referirse a la labor de los monasterios, que "ellos fueron el andamio de oro que permaneció en pie al derrumbarse la civilización antigua".

Por tanto, a los que gustan llamar tenebrosos y oscuros los tiempos medievales, tenemos que decirles que, en cuanto al conocimiento de los clásicos se refiere, la noche que cayó sobre Europa es comparable solamente a una noche de verano septentrional: aun no habían palidecido los últimos reflejos de la puesta de sol, cuando brilló esplendorosa la aurora del nuevo día.

Como todos los demás movimientos intelectuales el humanismo tiene sus precursores, y si alguna figura pudiera encabezarlo, nadie tiene a ello tanto derecho como Francisco Petrarca. Se extasiaba con la armonía de los períodos de Cicerón, a quien llamaba su padre, y con los versos de Virgilio, a quien llamaba su hermano. Les dirigía cartas en un elegante estilo latino como si de veras estuviera en una gran comunidad espiritual con ellos.

En sus numerosos viajes, Petrarca anduvo siempre en busca de Mss. y descubrió entre otros, el de las cartas a Atico y a Bruto de Cicerón. Cada uno de estos hallazgos excitaba el entusiasmo de sus contemporáneos, y a su ejemplo se inicia uno de los grandes intereses, mejor dicho, una verdadera pasión de los humanistas del Renacimiento: la búsqueda de los textos antiguos y su multiplicación primero por la copia y más tarde por la imprenta. De las colecciones así obtenidas surgirían más tarde las grandes bibliotecas.

De este modo vemos a un **Colluccio Salutato**, Gran Canciller de Florencia, político celoso de sus deberes, dedicarse como Petrarca a la busca y colección de manuscritos, hacer propaganda para demostrar a sus contemporáneos que los escritos de los antiguos encerraban tesoros cuya conquista era condición principal en la vida de los pueblos, y exigir el más puro latín clásico en la redacción de los documentos oficiales. Así vemos a **Niccolo Niccolli**, rico comerciante, investigador y copista, poseído de la misma fiebre y dirigir a los agentes de los Médicis en la adquisición de manuscritos en tierras extrañas. Sus contemporáneos lo pintan vestido con una larga túnica que recordaba la toga romana, con el aspecto de un patricio venerable, rodeado de sus medallas, sus camafeos y sus vasos antiguos. Pero Niccolo Niccolli, fué mucho más que un copista y un coleccionador. Cotejó manuscritos, revisó y corrigió los textos y puso los fundamentos de la crítica textual. A su muerte, arruinado por esta insaciable caza de manuscritos, Cosme de Médicis, adquirió sus tesoros haciéndolos depositar en el convento de San Marcos. Este es el origen de la hermosa Biblioteca Marciana.

Pero ninguno aventajó en diligencia y entusiasmo a **Poggio Bracciolini,** Secretario Papal que asistió con ese cargo al Concilio de Constanza en 1414. Desde 1415 a 1417, el Concilio recesó y el Secretario Papal aprovechó ese tiempo para realizar cuatro memorables expediciones a los conventos de Cluny, San Gall, Langres, Reichenau y otros antiguos hogares de la sabiduría antigua. Tan intensa era la ansiedad de la búsqueda que ni aún la calamitosa condición de los caminos ni las nieves invernales privaron a Poggio y a sus acompañantes de subir las escarpadas cuestas que conducían a San Gall y a otros monasterios situados en el corazón de los

Alpes. ¡Qué importaban los sacrificios, si volvían cargados de preciosos tesoros, obras perdidas de Cicerón, Quintiliano, Lucrecio, Valerio Flaco, Estasio, Manilio!... Para ellos cada autor resucitado significaba no sólo un aumento de conocimientos sino un enriquecimiento de la vida. De este modo se explica que cuando fué encontrada por Poggio la obra completa de Quintiliano, un humanista exclamara: "¡Oh ganancia enorme, oh alegría no soñada, por fin mis ojos te contemplan, oh Marco Fabio, entero e intacto! Y así nos explicamos también que cuando a su regreso de la antigua Bizancio, un Aurispa, un Filelfo, o un Guarino de Verona podían ofrecer a los humanistas un nuevo manuscrito, ese día se declaraba de fiesta y toda la ciudad tenía que estremecerse con clarines de júbilo. Y arrastrados por su ardor, de repente los Obispos y los príncipes se ponen a coleccionar, en vez de armas, manuscritos. Ni los mismos papas se vieron libres de esa exaltación. Cuando solamente era Tommasso Parentucelli, el Papa Nicolás V, se distinguió por su maestría como copista y por su profundo conocimiento de los manuscritos. Siendo Papa, reunió manuscritos de todos los países y se hizo famoso como fundador de la colección de manuscritos clásicos de la Biblioteca Vaticana.

Pero no sólo fueron los humanistas rebuscadores de manuscritos. El humanista como tal fué siempre poeta, escritor y maestro de elocuencia. A causa de estas cualidades estaba predestinado para ser embajador, el orador más invitado para la recepción de los monarcas, la investidura de los magistrados, en las fechas conmemorativas, en los discursos fúnebres.

La enseñanza de los humanistas era al principio oral, una mezcla de razonamientos críticos con períodos oratorios brillantes, expuestos ante un auditorio muy heterogéneo. Acostumbraban a ir de ciudad en ciudad dando series de conferencias, porque una vez agotados los comentarios que hacían sobre los clásicos, tenían que marcharse "con la música a otra parte", como apunta graciosamente Pérez Hervás, en su obra sobre el Renacimiento.

Después aquellos fervorosos discípulos, al quedarse sin profesor, contando casi siempre con algún generoso Mecenas, se reunían en grupos y se dedicaban a la conservación y acrecentamiento de la ciencia adquirida. Así surgieron las academias de Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, etc.

Sin duda fué J. Gemistos Pletón el que más influyó en Cosme de Médicis para que fundara la Academia Platónica de Florencia. El Concilio de Florencia, si bien fracasó en su propósito de unir la Iglesia griega y latina, tuvo éxito en el resultado no preconcebido de unir los sabios de Oriente y de Occidente. Entre los representantes de los griegos se encontraba un anciano de singular atractivo, Jorge Gemistos, natural de Constantinopla, que había pasado gran parte de su vida cerca de la antigua Esparta, donde elaboró un sistema filosófico de tipo neoplatónico. Pero en lugar de asistir al Concilio, derramó copiosamente sus conocimientos platónicos ante un círculo de delirantes florentinos. Cosme estaba tan maravillado que lo proclamó "un segundo Platón". Gemistos modestamente rechazó el título, y añadió a su nombre el de Pletón, que se parecía al de su maestro, pero que no era el mismo.

La vigorosa personalidad de Pletón inspiró tal entusiasmo a Cosme, que inmediatamente concibió la idea de formar una academia tan pronto como se encontrara un momento propicio. **Marsilio Ficino** tenía solamente seis años de edad, cuando fué seleccionado por Cosme para ser el futuro traductor y expositor de Platón, así como el presidente de la academia. Y en verdad que no defraudó sus planes. Se nos dice que Marsilio Ficino era un hombrecito enfermizo, delicado, dulce y soñador. Canónigo de la Iglesia de San Lorenzo en Florencia, desde lo alto de su púlpito, comentaba las obras de Platón esforzándose en armonizarlas con el Evangelio. Cuando dirigía frases de consuelo lo hacía tomándolas de los filósofos antiguos. Llegó a ser el centro del movimiento filosófico de Florencia y su fama se extendió a todos los países de Europa: reyes, príncipes, prelados, literatos se enorgullecían en cultivar su amistad.

Cosme quiso que la Academia de Florencia tuviera sus villas y sus jardines floridos, así como Platón había tenido sus jardines de Academo, Aristóteles su Liceo y los alejandrinos su hogar de las Musas o Museo. Así, a la sombra de los pinos y los cipreses, con el ambiente perfumado por las flores, discutieron sus miembros los más profundos problemas del pensamiento humano. Y la influencia de la academia fué tal, que logró derribar a Aristóteles del trono soberano en que lo había colocado la Escolástica, pero para sustituirlo por Platón. La Academia Florentina tuvo un ver-

dadero culto por Platón, y ese culto incluía varias prácticas ceremoniales: conmemoraciones del nacimiento y la muerte del filósofo, un banquete anual a la terminación del cual se leían y discutían sus obras, la coronación de su busto con flores, ante el cual se mantendría siempre una lámpara encendida. No por esto dejaba de ser Marsilio Ficino buen sacerdote católico. ¿Acaso no se dice que Erasmo solía murmurar: "San Sócrates, ruega por nosotros"?

A semejanza de la Academia de Florencia, se fundó la Academia Romana en 1460, por **Julio Pomponio Leto**. Era discípulo del célebre Lorenzo Valla, aquel flúido, sutil y elegante latinista que con su obra "DE ELEGANTIIS LATINAE LINGUAE", dedicado a la enseñanza del estilo antiguo, llegó a alcanzar el más alto grado de refinamiento al apreciar las bellezas de la lengua latina.

Pomponio Leto es aquel humanista a quien Burckhardt presenta como modelo de vida feliz y humilde, en contraposición a la vanidad desmesurada que ostentaron otros. Despreciador de la riqueza y de la vida regalada, desconocedor de la envidia y de la maledicencia, vivía humildemente en una viña que él mismo cultivaba siguiendo las prescripciones de Catón. Concienzudo maestro, era un admirador tan ferviente de los restos de la antigüedad, que ante su presencia quedaba como en éxtasis con los ojos arrasados en lágrimas.

La Academia Romana, y todos los humanistas en general, cultivaron con especial entusiasmo el estilo epistolar latino. La forma de las cartas era un derroche de elegancia, pero a veces también de afectación. Se escribía con el ánimo deliberado de que esas cartas llegaran como modelo a la posteridad.

El latín no fué solamente la lengua de la erudición y de las especulaciones filosóficas, sino que llegó a ser la de la buena sociedad. En la mesa se cambiaban frases de cortesía en latín. Damas elegantes se expresaban en latín. Se cantan en latín canciones de cuna. En los regalos y en las tumbas se graban inscripciones latinas, y las sátiras y los epigramas hieren más en latín que en lengua nacional.

El principal representante de la investigación arqueológica renacentista fué **Ciriaco de Ancona**. Maestro de sí mismo, pasó la

vida viajando por todos los lugares clásicos, no sólo con fines comerciales sino con el propósito de coleccionar objetos de interés arqueológico: es el Schliemann del Renacimiento. Su nombre no es ahora particularmente conocido en relación con sus colecciones de inscripciones. Convencido de que su misión en la tierra, como él decía, "era despertar los muertos de sus tumbas", iluminado con clarísima luz sobre el valor histórico de las inscripciones, hace románticas excursiones con objeto de buscarlas y copiarlas, acompañado por una hermandad de anticuarios, todos coronados de hiedra y de mirtos, así como el bajel que los conducía, mientras que las notas de la lira resonaban sobre las aguas.

Los Siglos XV y XVI no han sido igualados sino por el Siglo XIX en cuanto a la cantidad e importancia de obras recogidas. Cada uno de esos descubrimientos era saludado con un entusiasmo desbordante. Dejemos a Funk-Brentano, con su pluma ágil y suelta, describir siquiera uno de estos hallazgos:

"El 14 de enero en una viña de Santa María la Mayor, fué encontrado el grupo del Laacoonte de que Plinio había hablado. Miguel Angel en persona había dirigido las excavaciones. No sería exagerado decir que fué éste el acontecimiento más sensacional de aquel tiempo. El grupo fué primero llevado al Capitolio en carro de triunfo y de ahí al Belvedere, donde Bramante, siguiendo óredenes del Papa, le había preparado un emplazamiento digno de su renombre. Mientras avanzaba el carro por las calles de la Ciudad Eterna, decoradas como para un triunfo, empavesadas con guirnaldas, las campanas de la iglesia se echaban al vuelo y tronaban los cañones de San Angelo. Una vez en su sitio, una muchedumbre en delirio cubrió de flores el mármol. Ningún capitán victorioso conoció triunfo más bello.

Terminada la época del Renacimiento, Italia perdió su papel preponderante y otros países que acogieron el humanismo, se pusieron a la cabeza del movimiento. El nombre más ilustre entre los humanistas del norte fué el de Erasmo de Rotterdam, quien mejor todavía que los italianos es la viva personificación de los humanistas".

"En cien años Europa no conoció mayor figura", nos dice Stefan Zweig en su biografía de Erasmo. "Ningún nombre entre

sus contemporáneos, ni siquiera los de Durero, Rafael, Leonardo, Paracelso o Miguel Angel, son pronunciados con igual respeto; las obras de ningún autor se han esparcido en tan numerosas ediciones; ninguna autoridad moral o política puede compararse con la suya. Representa la suma de la sabiduría, **optimum et máximun**, lo mejor y lo más alto; se le elogia como "Doctor Universal", "Príncipe de las Ciencias"; se le llama "Luz del Mundo" o la "Pitia de Occidente". Ninguna alabanza es demasiado grande para él. Cinco universidades se disputan el honor de ofrecerle una cátedra; tres papas le escriben epístolas respetuosas". Pero ¿cómo apresar la figura de Erasmo en media página?

Vengamos ahora a hacer algunas consideraciones sobre las grandezas y límites del humanismo, tomando como prototipo del mismo a Erasmo de Roterdam, es decir, al humanista cristiano.

El humanista es el tipo por excelencia del "**uomo universale**". Durante un momento maravilloso Europa está de acuerdo con el soñado deseo humanístico de una civilización uniforme, de una cultura occidental que actúe como modelo.

Sin embargo, el humanismo no tiene apetencias imperialistas, no conoce más sometimiento que el de la cultura. El ideal de patria debe ser superado por el ideal supernacional. "El mundo entero es una patria común"", proclama Erasmo en su "Querela Pacis".

El latín humanístico tiende un puente entre todas las naciones, y la dificultad del idioma deja de ser una barrera que separe a los pueblos.

Gracias a los humanistas el poder del espíritu creador asume la soberanía en Occidente, tiende su vuelo, y las creaciones artísticas sobrevivirán a todas las demás.

¿No se iba por este camino derecho a la felicidad? Mas la pregunta lógica que se desprende es: ¿Qué ha sido del bello sueño de los humanistas, de aquella hora de fe universal?

El humanismo llevaba en sus mismas entrañas los gérmenes de su fracaso. Jacobo Burckhardt dedica unas eruditas páginas a examinar lo que él llama "el descrédito de los humanistas". Tres reproches principales les hizo el Siglo XVI: soberbia, des-

enfreno e incredulidad. El desenfreno y la incredulidad no fueron tan generales, como observa el mismo Burckhardt. Pero cierta manera de soberbia, cierta altivez era común a todos los humanistas. Sus ideas eran grandes, pero no lo eran los hombres que las proclamaban.

El pecado capital del humanismo consistió en dividir a los hombres en dos categorías, en dos capas sociales bien separadas: la superior, la de los educados, la de los civilizados, "la de los humanos"...; la inferior, la de la muchedumbre sin civilizar, ruda y agitada por violentas pasiones. Quieren instruir al pueblo sin intentar comprenderlo, sin mezclarse con él, sin sentir con él. En el fondo representan el régimen aristocrático.

Sin embargo, soberbios o humildes, paganos o cristianos, aristócratas o no, tenemos contraída con ellos una gran deuda: la conservación y la trasmisión de los tesoros legados por Grecia y Roma.

BIBLIOGRAFIA

Funk-Brentano, Frantz. "El Renacimiento".

Pérez Hervás, José. "Historia del Renacimiento".

Burckhardt, Jacobo. "La Cultura del Renacimiento en Italia".

DISCUSION

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Podría la Dra. Labourdette explicar un poco más el sentido que puede tener la palabra "Humanismo". A través de toda su conferencia se ha insistido fundamentalmente en el rebuscamiento de moldes antiguos; es decir, el Renacimiento propiamente en el sentido literario. Pero es que yo pienso que había un sentimiento, una ideología en los humanistas, en la cual no se ha hecho demasiada insistencia en la conferencia.

DRA. LABOURDETTE: Desde el principio de la conferencia yo dije que el Dr. Mañach, en su lección tan brillante, introductoria del Renacimiento, había definido muy bien lo que es Humanismo, y no creía necesario insistir. El Humanismo es un ideal de vida; es el ideal de vida de los antiguos. Esta palabra Humanismo se empleó por los del Renacimiento tomándola precisamente de la de Cicerón **humanitas**, en el sentido en que él la empleaba: es decir, un ideal que tiende a proporcionar al hombre sobre la tierra toda la felicidad posible. Los hombres del Renaci-

miento creyeron que renovando aquel sistema de vida, aquellos ideales, podían también alcanzar la felicidad sobre la tierra.

DR. MANUEL DE LA MATA: Piensa la doctora, y perdone la insistencia, que en el momento actual, queda alguna idea como residuo del sentido humanista? ¿cuál es el pensamiento o la ideología que más se acerca a este pensamiento de felicidad universal y de preocupación por la Humanidad y por el hombre? Hay varias tendencias en el mundo fundamentalmente. ¿Cuál de esas tendencias múltiples que existen puede acercarse más al ideal, por ejemplo, de Erasmo de Rotterdam?

DRA. LABOURDETE: Yo no entiendo realmente... ¿el Dr. de la Mata me pregunta qué es lo que entendemos actualmente por Humanismo?

DR. MANUEL DE LA MATA: ¿Qué idea, qué tendencia se acerca más a los moldes, a los ideales del Humanismo?

DRA. LABOURDETE: ¿Usted se refiere a los moldes del Humanismo renacentista? Actualmente el movimiento renacentista es un movimiento muy complicado. Ahí entra la vuelta hacia la vida clásica, complicada con los ideales cristianos. Hay un Humanismo pagano, y hay un Humanismo cristiano. El Humanismo paganizante, pensaba que era posible volver a vivir aquella vida, que era posible repetir aquel momento histórico. En cambio, el Humanismo cristiano pensaba que se debía tomar de los antiguos todo lo que fuese compatible con las ideas cristianas. Desde este punto de vista, yo creo que el Humanismo todavía tiene vigencia.

DR. BEGUEZ CESAR: Usted habló sobre el descubrimiento del Laoconte e hizo referencia en forma secundaria a Atrinio. ¿Qué motivo tiene usted para colocarlo en un plano secundario y, en su consecuencia, olvidar a Vitruvio y a Pausanias, que son realmente los directores de la antigüedad clásica en esos asuntos?

DRA. LABOURDETE: Bueno, Atrinio se había referido muy especialmente en sus cartas al Laoconte, y como se tenía el antecedente y las afirmaciones de Blindio y los datos que daba sobre el Laoconte, ese es el motivo por el cual lo hemos citado. Claro que incidentalmente. Pausanias en sus viajes tal vez se refiriera al Laoconte, pero no recuerdo muy bien sus afirmaciones. Pero se tenían muy recientes y, desde luego, muy claras todas las afirmaciones de Atrinio, y ese es el motivo por el cual lo cité en relación sobre el hallazgo. Por otra parte de las pocas citas que tengo en este trabajo, una de ellas es precisamente la que trata del descubrimiento del Laoconte, y no es descripción mía, sino es descripción de Frank Brentano en su obra sobre el Renacimiento.

Luis de Soto y Segarra

Los tamaños heroicos en el Arte

EN la Mitología clásica los héroes eran seres de naturaleza especial, semidioses por su progenie olímpica o superhumanos por sus proezas que les elevaban al rango de arquetipos, progenitores de razas. De aquí que el término "heroico" implique dimensiones extrahumanas. Tamaño heroico, objetivamente, califica hechos o cosas que exceden la medida de lo ordinario humano y, subjetivamente, se aplica a los autores de tales hechos insólitos. Es esa acepción la que entraña el título dado a esta charla, circunscribiendo su denotación a las artes plásticas de ese período que en la Historia se ha denominado, con cierta impropiedad, "Renacimiento", artistas a quienes se ha llamado también gigantes, titanes, cíclopes, nombres que, etimológicamente, nos llevan a aquella mitología que los concibió como personajes situados entre el cielo y la tierra, entre los dioses y los simples mortales.

Así enfocado el tema, evoca en mi memoria el recuerdo de una clara mañana en que realicé emocionado el vuelo transandino de Santiago de Chile a Buenos Aires. Bajo nosotros se desarrollaba imponente la cordillera, vértebra de América, y —descolllando sobre las otras eminencias, envuelta su cumbre en blanca nieve, reverberante al sol— se alzaba, majestuoso, el Aconcagua. La evocación responde al hecho de que mi atención va a ocuparse de hombres de talla excepcional que son, en la orografía del Arte, Aconcaguas humanos, dorados por el sol de la gloria.

Nadie como Max Klinger ha sabido expresar, plásticamente, esa ascensión del genio, diciendo en mármol en su famosa esta-

tua de Beethoven, el estupor del águila, que atónita contempla a un hombre en el ámbito de las alturas de su exclusivo dominio.

A algunos de esos hombres extraordinarios yo he de hacer referencia, referencia tan sólo, ya que un estudio detenido, por somero que fuese, no cabría en los estrechos límites de tiempo y contenido acordado a estas disertaciones de la Universidad del Aire.

En su sesión anterior, Mañach sintetizaba, con magistral precisión, la esencia, el desarrollo, la génesis y el alcance del Renacimiento, refiriéndose a la curiosidad humanista de aquella "vida nueva" que, sin proponérselo, profetizara Dante. Y el Dr. Pittalugar, en un hermoso trabajo, titulado "El molde de Leonardo", centrando su atención en un aspecto del amplio panorama trazado por Mañach, enlazaba lo expuesto por los disertantes de esa tarde con lo que habríamos de tratar hoy, impartiendo así unidad a esta serie de tópicos que ofrece el estudio del Renacimiento.

A ese "molde" (yo lo llamaría mejor módulo), se ajustan, además de Vinci, otras figuras del arte renaciente: Miguel Angel, Rafael, Alberti, Cellini, Durero... Pero el título de mi charla es más ceñido, ya que supone una selección entre los artistas representativos de la renovación renacentista, destacando solamente aquellos que alcanzaron la calidad heroica, es decir, sobrehumana, haciendo de sus nombres hitos de referencia en la evolución histórica de la cultura universal.

Esta selección, para mí, comprende tres hombres, tres figuras de tan aquilatados valores que, sin confusión posible, son conocidos por sus nombres de pila o un apodo: Leonardo, Miguel Angel y El Greco.

En la audición del domingo anterior se habló ya de Leonardo da Vinci, esbozando su significación. Ello simplifica y reduce mi tarea puesto que no voy a repetir lo entonces dicho; me limitaré, pues, a acusar ciertos perfiles de aquella gran figura del Arte, bien conocida de los alumnos y oyentes de la Universidad del Aire.

Una primera consideración se impone vista, en conjunto, la personalidad leonardesca: su polifacetismo, la universalidad de sus conocimientos, la múltiple variedad de sus actividades. Curioso de todo saber, ha quedado como arquetipo del espíritu renacen-

tista y por eso su figura, rebasando los límites de las antologías artísticas, ha sido objeto de estudio en diferentes sectores del conocimiento humano: un médico uruguayo diserta sobre "La obra anatómica y fisiológica de Leonardo de Vinci", un geógrafo cubano escribe un ensayo acerca de "Leonardo de Vinci, precursor de la Geología y la Geografía modernas", un crítico argentino enfoca un nuevo flanco de aquella proteica personalidad en su trabajo "Leonardo de Vinci, urbanista", para citar sólo tres recientes aportes americanos a la copiosa bibliografía del artista que fué también investigador científico. El propio Leonardo, en carta a Ludovico el Moro, que se ha hecho famosa, ofrece sus servicios invocando sus conocimientos múltiples en el arte de la guerra y en las artes de la paz. Y, para que nada faltara en esa extensa literatura vinciana, Freud trae a la actualidad los complejos del artista para estudiarlos a la luz del psico-análisis.

Pero aquel "uomo nuovo" y universal fué, ante todo y sobre todo, un artista cuyas dimensiones heroicas establecen un rango, un "record" diríamos hoy, y, dentro de su producción artística fué, esencialmente, un pintor.

Para apreciarle como tal nos queda la manifestación teórica y la práctica, sus escritos y su obra pictórica. El "Tratado de la Pintura" es el rico legado de Leonardo a todos los pintores de la posteridad, donde expone lo que pudiéramos llamar conceptos fundamentales del arte del color y los principios básicos de la enseñanza para el aprendizaje de su técnica. El "Tratado" es una compilación, hecha a posteriori y en forma organizada, de los manuscritos de Vinci, cuyos originales se guardan en diversas instituciones de Italia, Inglaterra y Francia.

Es en sus obras pictóricas donde mejor se revelan la ciencia y el arte de Leonardo. La naturaleza fué su maestra: la estudió, la amó y supo arrancarle el íntimo secreto de su belleza, como antaño los griegos. En él vibra la nota más alta en la sinfonía cromática renacentista y, como ha apuntado sagazmente Teófilo Gautier, sintiendo el fino espíritu del goticismo, que supo expresar en términos modernos, fué el único artista "que ha sabido ser bello sin ser antiguo".

Pensemos en sus obras más famosas y popularizadas, la **Cena** y la **Gioconda.** El **Cenacolo,** el célebre mural de Santa Marie delle Gracie en Milán, nos ofrece uno de los modelos de composición más perfectos que ha producido la pintura. Al centro la figura de Jesús, destacada sobre la claridad de la puerta del fondo, en torno a él los discípulos, seis a cada lado, en su disposición actitudes y gestos engendran el ritmo que lleva la atención hacia la figura central, motivo capital en la organización de masas y colores, dibujo y claroscuro. Pero más allá, más adentro de la mera perfección técnica, de su dominio del color, la composición, la atmósfera, el diseño, las luces y las sombras, está la "hondura'', el contenido anímico, el sentido humano que imparte a su pintura inigualado poder emotivo. Porque en ella Jesús acaba de decir a sus discípulos: "uno de vosotros me traicionará'' y todo lo demás es la versión en líneas y colores de la reacción de cada cual ante la inesperada y triste frase del Maestro.

En la **Gioconda,** esa Mona Lisa novia del mundo que, varios siglos después de muerta, inspira hoy una canción popularísima, hallamos un compendio de las cualidades todas de Leonardo: sobriedad constructiva cuya solidez no altera su espiritualidad, realismo idealizado de la figura destacada sobre el idealismo irreal del paisaje del fondo que es, en su imprecisión, como un eco de la vaga sonrisa de esa mujer con la que el arte de Vinci ha cautivado a la posteridad. En ese lienzo "la inteligencia, siempre vigilante de Leonardo, ha resumido en una atmósfera ideal, el clima de su tierra y el clima de su espíritu. Allí han venido a posarse, como nuevas presencias reales, las criaturas de su pincel, las ha modelado dentro de esa atmósfera en profundidad y mientras han florecido se han abierto en una sonrisa. . .'' Sobre esos paisajes de una Italia de ensueño "sonríe Santa Ana, sonríe la Gioconda, sonríe San Juan Bautista. . . '' A estos conceptos de Julio Rinaldini se pudiera añadir: gracias al arte de Leonardo, en la sonrisa, gesto el más específicamente humano, ha quedado para siempre encendida la luz del espíritu humanista que alumbró el Renacimiento.

Leonardo, esencialmente pintor, aúna en su pintura la euritmia clásica, la serena belleza de la naturaleza idealizada, a gracia florentina y el profundo sentido de la expresión humana que pliega

los labios de sus personajes de manera enigmática. En contraste con él, Miguel Angel, fundamentalmente escultor, que trasmite al mármol la agitación de su vida, la inquietud de su espíritu en que se debate la dualidad característica del Renacimiento: mente platónica y corazón cristiano. Amigo y protegido de Lorenzo el Magnífico es, a la vez, el creyente sobrecogido ante la oratoria de Savonarola; artista enamorado de la desnudez pagana, vivió al servicio de la Iglesia que dictaba los temas religiosos de sus obras.

Si queremos buscar nexo raigal a sus estatuas en el mundo antiguo no iremos a la Atenas de Pericles donde triunfa la olímpica serenidad del helenismo fidaico, sino a Pérgamo, donde el arte helenístico agita los turbulentos grupos de la Gigantomaquia en el Altar de Zeus, a tono con el inquieto espíritu renacentista y con su propia personalidad creadora.

Leonardo, en su universalismo, es la genuina encarnación del ideal renacentista y en su pintura consagra el sentido humanista; Miguel Angel, "el artista de las cuatro almas", escultor, arquitecto, pintor y poeta, es el producto típico de aquellos tiempos en que el tronco cristiano se cuaja de exuberante floración pagana. La **Cena** y la **Gioconda,** la **Creación de Adán** y la Noche son cuatro notas igualmente geniales que integran, plásticamente, aquel magnífico acorde que fué el Renacimiento.

Miguel Angel, el escultor más grande que registra la Historia del Arte, fué eminentemente eso, un escultor, tanto cuando da vida al bloque, arrancándole a golpes de cincel la estatua que su genio presiente en la entraña de la piedra, como cuando coordina los volúmenes de la Basílica de San Pedro y concibe su cúpula con un sentido escultural del espacio y la forma, como cuando "cincela" con pinceles y "modela" con masas de color la inigualable decoración de la Sixtina.

El artista de los grandes proyectos irrealizados, el hombre atormentado para quien los dos móviles fundamentales de la vida, el Arte y el Amor, fueron a través de una larga existencia, perenne anhelo nunca cabalmente logrado. El gigantesco mausoleo de Julio II, reducido en definitiva a un corto número de estatuas, constituyó durante largos años su obsesión, y ahí han quedado el Moisés y los Cautivos como estrofas de un himno inacabado. La

cúpula grandiosa, que inspiró a D'Ors bellas páginas, también fué concluída después de la muerte del artista; la Pietá Rondanini, que debía cerrar un ciclo iniciado en la Piedad de San Pedro, queda también inconclusa, porque la Parca cortó el hilo de aquella vida fecunda...

Y, sin embargo, qué elocuencia la de esos mármoles que Miguel Angel no llegó a terminar!... En la versión tardía de la Deposición, en que trabajara hasta unos días antes de su muerte, como en la representación simbólica del Día, obra de plenitud, en la Sacristía Nueva de San Lorenzo, están en todo su pujante vigor el orto y el ocaso de aquel hombre genial, creador de un mundo que es, como él, de talla heroica.

Miguel Angel pintor ganó la inmortalidad con su decoración sin paralelo de la Capilla que Giovanni de Dolci levantara para Sixto IV en pleno siglo XV.

En 1508 Miguel Angel, en la vibrante juventud de sus 33 años, comienza, a instancias de Julio II, el gran fresco de la bóveda de aquel recinto célebre, cuyas paredes había embellecido el arte de Perugino, Pinturiccio, Ghirlandajo y Botticelli. El tema, tratado en tono mayor por aquel escultor genial en funciones de maestro en el arte cromático, se desarrolla, dentro de un marco de arquitectura figurada, y de "estatuas pintadas" de desnudos, Profetas y Sibilas, en los nueve paneles cuyos asuntos fueron: la Génesis del Mundo (Dios separa la luz de las tinieblas, crea el sol, la luna y las plantas, divide el agua y la tierra), la Génesis del hombre (creación de Adán y de Eva, el Pecado original y la Expulsión del Paraíso), la Historia de Noé, renovador del género humano: su sacrificio, el Diluvio y su embriaguez.

Ahí está Miguel Angel, enamorado del desnudo pagano, en una realización pictórica impregnada en la esencia que de clasicismo tuvo el renacimiento plástico, conjunto imponente, de serena grandeza, fruto de madurez en un artista a la sazón tan joven.

Pasan 28 años y, bajo el Pontificado de Paulo III, comienza Miguel Angel otro fresco inmortal en la Sixtina: el Juicio Final. El artista, ya sexagenario, sube de nuevo al andamio donde trabajará incansable durante 5 años. Su "manera" ha cambiado, se

cumple la "ley de fases", como diría Brinckmann. En contraste con las pinturas de la bóveda, su "terribilitá" barrunta la agitación barroca que servirá como instrumento artístico de la contrarreforma, un movimiento irrefrenable sacude la composición tempestuosa, alucinante visión del "Dies Irae". Allá arriba, en la bóveda, como un símbolo de la etapa juvenil del artista, el primer hombre, lánguidamente tendido, despierta a la vida al contacto de la mano del Creador: Adán recuerda los días de Florencia, el espíritu de Platón, el círculo medíceo; abajo, sobre el altar pontificio, está el dolor anunciado por la predicación amenazante de Savonarola. El conjunto, en la forma, traduce la triple maestría de Miguel Angel, escultor, arquitecto y pintor (y, en cierto modo también su sentimiento poético), y, en el contenido, es un elocuente testimonio de aquella dualidad, ya señalada, de aquella lucha interna en que se debatió la vida del artista sin par.

La tercera figura de que voy a ocuparme, El Greco, nace en pleno apogeo del Renacimiento, a mediados del siglo XVI; son sus primeros años los últimos de Miguel Angel, y en ambos ya se anuncia un nuevo ciclo estilístico que, bajo el signo formal del barroco y el ímpetu espiritual contrarreformista, llenará los anales del arte en el siglo XVII.

Quizás sorprenda a algunos que incluya al Greco en esta selección de los artistas del Renacimiento. Hace unos días, desde este mismo lugar, decía Mañach: "se ha discutido hasta qué punto puede decirse que hubiera un Renacimiento español", y añadía: "el Renacimiento sólo se exteriorizó allí en el ímpetu vital de los navegantes españoles y portugueses y de los conquistadores".

En aquellos para quienes Renacimiento y "retorno al clasicismo" son sinónimos, tal vez quepa la duda que nuestro "Rector" apuntaba. Pero para los que como yo conceden, en el sector del arte, un valor relativo al elemento grecorromano dentro del gran movimiento que inicia la Edad Moderna, España tuvo una manifestación renacentista de extraordinario interés, precisamente porque no fué una mera incorporación de lo italiano a lo nacional, cuya vitalidad creadora produjo en arquitectura un estilo propio, el "plateresco", en escultura tuvo un Juan de Juni que parangonar con Berruguete, y en pintura, sobre los italianizantes

Juan de Juanes y Luis de Morales, un artista único en los fastos del arte, El Greco.

En él se dan las características esenciales del Renacimiento, el humanismo y el individualismo, y en el orden religioso mostrará, frente al humanismo devoto y paganizante de Italia, el realismo místico, muy español y muy a tono con la tradición y con las circunstancias de la época.

Kyriákos Theotókopoulos —cuya etimología es de marcado sabor religioso, ya que su traducción sería Domingo de la Madre de Dios— nació griego, se formó en Italia y conquistó la gloria como genuino exponente del alma española de su tiempo. Sobre esos tres goznes ha girado la problemática que su obra suscita.

Nacido en Creta, cerca de Candía, en las primeras décadas del siglo XVI, fué uno de aquellos jóvenes que emigraron a Italia y que, en el barrio "dei greci" cerca de San Giorgio, en Venecia, constituían una colonia de artistas griegos. Y Venecia era entonces el gran escenario donde se desplegaba el esplendor de la pintura entre cuyos maestros figuraban Ticiano y Tintoretto. Allí italianizó su nombre el joven cretense, que se llamó Doménico Teotocópuli y, después de tres lustros en Italia, distribuídos entre Venecia y Roma, ya en la madurez de su talento, se traslada a España, la España de Felipe II, donde el italianismo triunfaba en los artistas que trabajaban en aquella obra predilecta del monarca: el Escorial.

Pero si el artista candiota había soñado con ser uno de los agraciados con el favor real, pronto quedó decepcionado. Su "San Mauricio", fué la piedra de toque que le hizo comprender que su lugar no estaba entre los escurialenses. Y, dejando la corte, se trasladó a Toledo, donde vivió, pintó, luchó, triunfó y murió treinta y seis años más tarde.

Toledo, la ciudad de Carlos V, símbolo y corazón de la raza española, era sin duda la sede propicia para el "élan" creador del griego, y así se le llamó, pasando con tal apodo a la historia.

Nunca podré olvidar mi primera impresión de Toledo, recibida en la mocedad de mis veinte años. Más tarde leí a Barrés y su libro "El Greco o el secreto de Toledo" encontró resonancias en

mis recuerdos de la ciudad imperial, pero me he preguntado algunas veces si no estaría en lo cierto Babelon, cuando sugiere que no fué el Greco quien captó como nadie el secreto de Toledo, sino más bien el que le dió a Toledo su secreto. Tan honda fué la vinculación del artista a aquel ambiente, tan indisolublemente ha quedado su arte unido a éste.

Y aquí precisa replantear, otra vez, la debatida cuestión que está en la base del renombre del famoso pintor. ¿Fué El Greco griego, italiano, español?... o ¿fué las tres cosas fundidas por su genio en una sola e indivisible que es su arte personalísimo?

No quiero entrar en una disertación erudita, propicia a citas bibliográficas copiosas. Me limitaré a avalar en algún caso, con la autoridad de sus comentaristas y críticos, las tres opiniones expuestas.

El Greco, dicen unos, fué un artista eminentemente oriental. Su paleta se hizo en Candía, bajo el influjo de los pintores de íconos y los fresquistas de tradición bizantina en que se encuentran rasgos que van a caracterizar su pintura: el hieratismo, el alargamiento de los cuerpos, ciertas tonalidades cromáticas y un movimiento de exaltación mística que rompe la rigidez de las formas. El Greco viene a ser un descendiente de aquellos mosaístas de Bizancio, habiendo quien llega a señalar puntos de contacto entre su versión de la Crucifixión y un mosaico ateniense de Daphni, obra bizantina del siglo XI.

Augusto Mayer, el reputado crítico del arte español, rompe lanzas por el orientalismo de El Greco, señalando como la nota más característica de su pintura el elemento oriental, la tendencia hacia lo sobrenatural e ilimitado, el mágico sentido del espacio, junto con cierto carácter intelectual que él atribuye al origen griego del pintor. Se han comparado sus retratos de Fray Hortensio Félix Paravicino y los femeninos —cuyo modelo fuera la hija del pintor o aquella Jerónima de las Cuevas, madre de su hijo Jorge Manuel— con las pinturas procedentes de la Necrópolis helenística de Fayum haciendo notar la semejanza, especialmente en la manera de pintar los ojos. Todo ello nos llevaría a la conclusión de que hay en la pintura del Greco un sedimiento bizantino

cuyas raíces greco-orientales pudieran explicar lo que aparentemente parece antagónico: el intelectualismo de Grecia y el emocionalismo de Oriente, bizantinismo y orientalismo comprensibles dado el origen del artista y su formación en Venecia, también en la esfera de la influencia oriental.

El italianismo de El Greco, de manifiesto en obras como "La expulsión de los mercaderes del Templo", de marcado sabor veneciano, las reminiscencias ticianescas en su manera de tratar el tema de la Crucifixión, y su manejo de la luz, que con la distorsión expresionista, recuerda a Tintoretto, el papel preponderante del color como valor plástico, son claras indicaciones de la huella que en su arte dejaron sus años de residencia y estudio en Italia, años de juventud cuando el artista es más sensible al influjo exterior.

Pero, a pesar de todo lo dicho, seguimos creyendo que El Greco es un genuino y extraordinario intérprete de Toledo y de España. Su pintura traduce el alma de la cultura hispana del siglo XVI, y en ella el misticismo era un rasgo esencial no entibiado por las influencias recibidas de Italia. "Su manera de tratar los asuntos es esencialmente española del siglo XVI", ha escrito José Pijoán, el conocido historiador y crítico, que añade: si monjas, sacerdotes y gente del pueblo se arrodilla y ora ante las figuras fantásticas pintadas por El Greco, es porque ellas son cabal expresión del alma española.

Es frecuente relacionar al Greco con grandes figuras literarias representativas del espíritu español: Cervantes, cuyo Quijote hubiera tenido en El Greco su mejor pintor, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, los grandes místicos, cuyo lirismo poético se hermana al lirismo pictórico del cretense.

Esa peculiar amalgama de lo terrenal y lo eterno, característica de la religiosidad española, mezcla en los lienzos de El Greco lo natural y lo sobrenatural en una especie de superrealismo privativo de este pintor. Por ello la presencia de San Agustín y San Esteban en el "Entierro del Conde de Orgaz", del caballero junto a Jesús en la escena de El Espolio, de los Covarrubias al pie de la cruz en la Crucifixión del Museo del Louvre, anacronismos flagran-

tes y manifiesta heterodoxia temática, eran considerados como algo singular, pero admisible.

Teotocópuli, greco-oriental, veneciano, genuina expresión del arte de la España del siglo XVI fué, además, como hombre renacentista, escultor, arquitecto y poeta y su pintura alcanzó el rango de universalidad que, proyectándola en el tiempo, le da hoy caracteres de actualidad; porque, hablando del Greco, vienen irremediablemente a la pluma los términos impresionismo, expresionismo, surrealismo, tendencias del arte que presintió Doménico hace cuatro siglos.

Por lo que su pintura tiene de expresión de un país y de una época, por los rasgos inconfudibles de su personalidad genial, por la significación que ella tiene en el arte de ayer, de hoy y de siempre, hay que medir a El Greco con la escala heroica que nos sirvió de módulo esta tarde en nuestra evocación del arte renacentista.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

Goldscheider, L.: "Leonardo da Vinci". "Scultures of Michelangelo" y "The Paintings of Michelangelo". Edic. Phaidon Press.

Cossío, M. B.: "El Greco". "Lo que se sabe de la vida del Greco".

DISCUSION

DR. MAÑACH: Tenemos escasamente, 4 minutos para preguntas, de manera que vamos a ver si los aprovechamos. Voy a rogar a ustedes todos que hagan sus preguntas muy breves, y al Dr. Soto que las conteste brevemente también.

SR. MANUEL ZALBA: Dr. de Soto, ¿usted cree que de no haber sido por la atmósfera esa que creó el Renacimiento, de dar cabida a todas las ideas nuevas para aquella época, hubieran podido darse esos genios como Miguel Angel y todos los demás que ha enumerado en la conferencia?

DR. LUIS DE SOTO: No. Yo creo que siempre, entonces y ahora, en la obra del artista se reflejan las condiciones personales de él y las circunstancias del ambiente en que la obra se produce. De manera que la obra de arte, a mi modo de ver, siempre refleja un aspecto general que la propicia, que la hace posible, que se revela en la obra de arte y además la impronta del genio, lo personal, que le imprime su autor.

DRA. ANITA ARROYO: Yo le quería preguntar al Dr. Luis de Soto, de los caracteres formales del arte del Renacimiento, ¿cuál considera más definitivo, más característico?

DR. LUIS DE SOTO: ¿En general, o en un autor específico? Porque cada uno tiene lo suyo.

DRA. ANITA ARROYO: En general.

DR. LUIS DE SOTO: Sería un poco difícil de contestar la pregunta, puesto que tendríamos que pasar revista a todos los artistas del Renacimiento, arquitectos, escultores y pintores, y ver, entre las características de ellos, cuál se repite, para poder entonces hacer la selección, o es que yo no he entendido su pregunta.

DRA. ANITA ARROYO: No. Mi pregunta quiso ser tan rápida, tan sintética, para no pecar en el defecto que cometemos aquí. Yo a lo que me refería era, a ese contraste tan interesante que aprendí con el mismo maestro ...

DR. LUIS DE SOTO: Si ya la aprendiste ...

DRA. ANITA ARROYO: No, pero es que como él no ha podido tocar ese aspecto aquí, y yo lo creo tan interesante, de los aspectos formales del arte, la diferencia que hay entre Renacimiento y el Barroco, por ejemplo.

DR. LUIS DE SOTO: Bueno, los valores formales en el Renacimiento, si es eso a lo que la Dra. Arroyo quiere aludir, ella sabe, que es un tema tan amplio que nos lleva regularmente quince días en la Cátedra de Filosofía de la Historia del Arte, la consideración del problema de forma y contenido en la obra de arte. La forma del Renacimiento plantea un problema que requiere también larga exposición, que es el de la relación entre la forma renacentista y la forma clásica. Para decirlo brevemente y de una manera que pueda interesar a todos los oyentes, hayan o no cursado estudios específicos de esto, el Renacimiento tiene, en la forma, características propias, indiscutibles, que hacen que nos sirva de módulo o de hito para compararlo con lo anterior clásico, y con lo posterior barroco.

SR. FRANCISCO PARES: Muchas gracias por su conferencia, Dr. Soto. André Lot, refiriéndose al Greco en un artículo escrito con la precisión tan característica del crítico francés, dice que lo esencial en arte ha sido dicho por Bizancio; y que en el Greco se da una expresión constante de dibujo, es decir, como trasfondo de su pintura, que no tiene continuación después en la cultura occidental. Le agradecería unas palabras sobre esas dos preguntas.

DR. LUIS DE SOTO: Yo entiendo, amigo Parés, que en su pregunta hay dos aspectos. Uno es el bizantinismo del Greco, el Greco como el último de los bizantinos, que es una de las tesis que yo simplemente apuntaba, porque no se podía entrar en ella, y respecto a ese

punto ya yo decía muy sintéticamente mi opinión: que hay un sedimento bizantino en la pintura del Greco; un sedimento bizantino que, por consiguiente, tiene una base greco-oriental, como todo el arte bizantino, y que es explicable por el origen del Greco y por su formación. Respecto a si las características formales del arte bizantino se extinguieron con Bizancio y el Greco, yo no lo creo así. En el arte de todas las épocas encontramos siempre dos tendencias fundamentales en lo que se refiere a la forma: la tendencia lineal y la tendencia pictórica. Es decir, el predominio del dibujo, del diseño, de la línea, y el predominio del color. Este problema se ha planteado en todas las épocas de la pintura, y por consiguiente no creo que pueda decirse: en este momento se dijo la última palabra, y esto no se ha vuelto a plantear.

DR. MANUEL DE LA MATA: El otro día, cuando el Dr. Mañach planteaba el problema a propósito del Renacimiento en España, yo no quise intervenir, porque no tenía una cierta seguridad; pero hoy me ha despertado una preocupación que ya sentí inicialmente el día anterior en la conferencia del Dr. Soto y es ésta: Recordaba un Museo, quizás único en el mundo, que hay en Valladolid de imaginería castellana, donde aparecen obras fundamentalmente de Berruguete, de Gregorio Fernández, unidas a algunas de Juan de Juni. Precisamente es en este tipo de manifestación donde he observado muchas veces, tanto cuando estaba primero en el antiguo colegio de Santa Cruz como después, cuando se trasladó al de San Gregorio, he visitado con mucha frecuencia este Museo, y recuerdo la preocupación que sembró en mí, en aquella época de estudiante, el estudio minucioso, detallado, magnífico, de carácter anatómico, sobre todo en Berruguete, y también recuerdo un Cristo que hay de Gregorio Fernández que tiene características peculiarmente bizantinas en cuanto a su forma, en cuanto a sus rasgos generales, pero que en cuanto al estudio del cuerpo, es típicamente de Leonardo o de algo así, donde se ve la anatomía, la preocupación fundamentalmente por esa otra forma desdiciendo el contorno general típico del bizantino, con el pelo caído, creando un tipo peculiar. Inclusive, creo que tiene el detalle, en cuanto a la crucifixión, de emplear dos clavos, en vez de uno, en los pies. Así pues, el otro día yo estaba preocupado en este sentido, pensando que ésta pudiera ser una manifestación de carácter típicamente renacentista en España, en los imagineros castellanos, o sea aquéllos que no solamente tallan en la madera la imagen, sino que después la pintan, creando la combinación de pintura y escultura en estas manifestaciones. Yo agradecería al Dr. Soto que me aclarase un poco este concepto que ha sido una preocupación ya de antes.

DR. LUIS DE SOTO: Lo italiano es ... [Nota al lector: por interrupción momentánea del aparato grabador, quedó sin transcribirse el comienzo de la respuesta]. ... en borgoñón priva la influencia holandesa, lo mismo que encontraríamos en la pintura si comparáramos la de

un Juan de Juanes, más italianizante, con la pintura de un Luis de Morales, en el cual influye también el elemento holandés.

SR. VAZQUEZ: Doctor, yo quisiera que usted nos dijera, comparándolos con estos tres hombres extraordinarios que usted nos ha descrito, ¿en qué plano quedan Rafael y el Ticiano?

DR. LUIS DE SOTO: Como usted recordará —si es que usted estaba desde que empecé a hablar, yo evoqué un recuerdo imborrable, a mi paso sobre la Cordillera andina, mencionando el Aconcagua. El Aconcagua se levanta no por encima de unos cuantos montículos, sino por encima de una serie de cumbres elevadas. Todos los artistas de las diferentes escuelas italianas, entre ellos Rafael, Ticiano, Tintoretto, Corello, Veronés, etc., son cumbres de la pintura universal, pero donde hay muchas eminencias hay algunos que todavía se levantan más, que representan la talla heroica, y ésos para mi —esto no es artículo de fe, naturalmente cada uno puede hacer su selección—; para mí, entre los grandes los que tienen talla heroica en la época del Renacimiento, circunscribiendo así nuestro campo de acción, nuestro enfoque, son los tres que he mencionado. Todos los demás son grandes figuras del Renacimiento, época pródiga en grandes artistas como todos ustedes saben. Entre ellas están todos esos admirables pintores de las diferentes regiones de Italia, cada uno con sus características propias, cada uno representante de tendencias diferentes. Tenemos un Botticelli, representante de ese arte lineal a que yo aludía cuando hablabla con el Dr. Parés; tenemos un Ticiano representante del predominio del color; tenemos un Corello, en el cual lo más importante es el claroscuro; tenemos un Tintoretto, de un interés excepcional porque, como el Greco, se adelanta a tendencias posteriores. Cada uno dentro de su grandeza presenta sus modalidades propias, pero por encima de todos, planeando sobre cumbres, hay algunas figuras de talla heroica, que son las que yo he entresacado esta tarde.

Apéndice: Audición Extraordinaria

Irene Silva de Santolalla (*)

La mujer y el trabajo extradoméstico

Amables oyentes:

Me siento muy feliz en la patria de Martí. Esta es una tierra fértil, sobre todo, en afectos, en gracia y en belleza. He encontrado mujeres de gran valor quienes, estoy segura, representan vigorosos puntales para el hogar y la sociedad, hoy tan tambaleante en todas partes. Para ellas, que saben hacer patria, mi mayor aprecio desde esta importante tribuna, que es elocuente muestra del interés que merece aquí la cultura bien orientada por espíritus de tanta elevación y sabiduría, como el de su ilustre rector Jorge Mañach, a quien admiro y hoy agradezco por el honor que me ha dispensado al brindarme este espacio radial para hacer llegar a todos los cubanos mi modesto pero muy sentido mensaje.

Soy defensora de la mujer desde estos puntos de vista: su mejoramiento espiritual, su engrandecimiento moral, su dicha en el cultivo de su feminidad, su paz en el reinado de una conciencia

---

(*) Distinguida educadora peruana, especializada en el estudio de los problemas sociales relacionados con la mujer y con el niño. De visita en La Habana, fué invitada a exponer algunas de sus ideas sobre esos problemas en la Universidad del Aire, siendo ella la única disertante en la audición.—N. del D.

cabal de sus propios deberes y en el inteligente cumplimiento de los mismos, como firme base para un mundo mejor.

LA MISION ESENCIAL DE LA MUJER Y EL TRABAJO EXTRADOMESTICO

Traigo algunas ideas que a la luz de la fe, de la razón, de la ciencia y de la realidad que presenciamos, precisa que las analicemos, a fin de encontrar el sendero más constructivo en la educación de la mujer, teniendo en consideración los intereses supremos de la humanidad.

El hombre y la mujer han sido creados para complementarse en la realización de sus propios destinos, por el camino del perfeccionamiento propio, con la unión y ayuda mutua entre ambos.

En general, el hombre siempre trató de demostrar la inferioridad de su compañera, valiéndose de equivocadas interpretaciones, debido principalmente a que no se hicieron estudios serios sobre la naturaleza femenina.

Por fortuna la ciencia ha venido a despejar muchas incógnitas. La biología enseña hoy que hay un metabolismo masculino y otro femenino y que las repercusiones glandulares dejan un sello inconfundible en el temperamento del hombre y de la mujer demostrando que Dios al dar a la pareja humana aptitudes funcionales y caracteres psíquicos diferentes, sentó ya las bases de las actividades sociales de cada uno, mejor dicho, señaló a cada cual sus deberes en el concierto universal.

La Biología y la Psicología, ahondando en el conocimiento de la constitución temperamental del hombre y de la mujer, nos han dado las luces suficientes para comprender la significación de los valores esenciales de ambos sexos en el progreso de la civilización.

A la luz de la ciencia "la mujer no es superior ni inferior al hombre, sino diferente". Una estricta obediencia a dichas leyes sería guiar la educación de la mujer por un sendero diferente al del hombre, dándole oportunidades para que conozca cada vez mejor el campo en que le toca actuar, a fin de hacer verdadero todo lo que ella emprenda para alcanzar su propia meta.

La meta de la mujer, de acuerdo con sus cualidades esenciales, no puede ser otra que la perfección de su espíritu, para tener el privilegio de formar espíritu en los que la rodean, sea en su misión de madre-educadora, en la de esposa-compañera y también en su servicio a la sociedad, como por ejemplo, el de "enseñar al que no sabe" en su papel de maestra; aliviar el dolor en el de enfermera; atender la necesidad en el de asistenta social, labores de creación en el arte en todos sus aspectos, y en tantas otras actividades concordantes con su vocación femenina, donde puede demostrar no solamente su talento sino su innata ternura, su abnegación y su espíritu maternal.

El triunfo de la mujer en el campo extradoméstico, ganado con tantos y tan grandes sacrificios, debe afianzarlo con su actuación sin mancha en el hogar. Para este fin hay que crear en ella, con una educación especializada, un acerbo de ideales, sentimientos y habilidades que tiendan a encauzar y vigorizar las cualidades específicas para el cumplimiento de su primordial misión de artífice del alma y cuerpo del ser más delicado, de la joya más preciosa y del más fresco mensaje de lo eterno que es el niño.

La filosofía de la educación femenina actual necesita mayor hondura. Presenciamos que la mujer sigue conquistando triunfos definitivos en todas las actividades que antes eran del dominio exclusivo del varón y al mismo tiempo constatamos que no se adoptan medidas eficaces para impedir que, por dicha causa, perezca la insustituíble influencia espiritual de la mujer en el seno del hogar y en la educación de los hijos, no porque la mujer no sienta, sino porque no puede atender todo a la vez, excepto en casos de mujeres excepcionales, pero la excepción no puede servirnos de pauta.

Este error de nuestra época de menospreciar el trabajo del hogar y su influencia educadora constituye una falla muy grande de la civilización actual, de la cual nos harán responsables las generaciones venideras, y tanto más cuanto vayan intensificándose las desastrosas consecuencias que para el linaje humano acarrea la falta de una concienzuda educación de los sentimientos que dan vida y calor a las relaciones humanas y que solamente una verdadera madre puede formarlos.

La mujer debe contar con posibilidades, de acuerdo con sus capacidades, en la lucha por la vida lo mismo que el hombre, pero su educación debe ser orientada a desarrollar sus aptitudes en el sentido de su naturaleza femenina, a fin de perfeccionar su maternidad espiritual, llamada a formar la corriente de la paz mundial, educando hombres de mejores sentimientos.

La mujer como madre tiene el privilegio de conservar y guiar la vida humana desde sus comienzos. Puede haber ocupación más noble y elevada? Puede haber puesto más importante que éste de ser depositaria y formadora del cuerpo y alma de una nueva vida que entra a formar parte de un mundo complicado, en el que por mucho que uno se prepare para poder vivir siempre se encuentra indefenso ante las inclemencias que aumentan, justamente por esa falta de cultivo en el corazón del hombre.

Imaginemos todo lo que se podría alcanzar para la salud integral del hombre y, por ende, para el mejoramiento humano, si el niño recibiera desde su primera infancia enseñanzas formativas, de acuerdo con su propia naturaleza, por madres expertas en la crianza y educación. Es decir, por madres muy cultas en este sentido, que se honrasen con su misión de hacer hogar y que fuera su mejor anhelo mejorarse para mejorar sus actos en pro del mejor ejemplo para sus hijos. Por supuesto, que se ganaría mucho más de lo que hoy gana el mundo con el concurso de la mujer en otras actividades que no son propicias para el desenvolvimiento de su primordial misión.

Si la mujer contrariando su naturaleza ha logrado éxitos efectivos en el campo del hombre, tenemos derecho a esperar que mayor sería su triunfo si se esforzara por destacarse en su propio campo, comprendiendo y amando cada vez más sus deberes inherentes.

Los hechos reales del mundo nos confirman en que hemos fracasado espiritualmente. Contemplemos el panorama internacional, social, familiar. La desdicha crece a medida que la industria, el comercio, la ciencia avanzan... ¿Dónde está el origen de esta paradoja? ¿No será en que la mujer, dotada de especiales condiciones de ternura e intuición para ser cada vez mejor madre de

mejores hombres, ha desoído ese llamado eterno, presa en dos extremos: en el de la esclavitud primero y en el de la libertad no bien usada después?

La atracción benéfica en la pareja humana no se basa en las similitudes sino en las diferencias. El hombre ama más a la mujer más femenina. La mujer prefiere siempre al tipo más varonil, al que sea capaz de defenderla de los rigores de la vida y ser buena cabeza de su hogar y dueño cariñoso de su destino. Puede la mujer con su inteligencia llegar a los más altos puestos en el campo del hombre, pero para su propia felicidad, para la de su cónyuge, la de su familia y, por ende, la del mundo debe hacer por distinguirse en el terreno que le toca actuar por ley natural.

LA MISION ESENCIAL DE LA MUJER

Un científico ha dicho: "La actividad mental crea estructura orgánica". Quiere decir que las costumbres actuales van formando el carácter de las generaciones venideras? Si esto es así preguntamos: ¿habrá en el mundo conveniencia mayor para el hombre que formar buenas esposas y buenas madres de sus hijos?

Predominan dos criterios con respecto al trabajo de la mujer fuera del hogar: unos afirman que su reivindicación estriba en prepararla de modo preferente para su independencia económica y otros sostienen que la salvación del linaje humano está en capacitarla para el hogar y al hombre para que pueda sostenerlo íntegramente, procurando una mejor organización económica y social. Y todos vemos que una de las causas que empeora moralmente la sociedad es la crisis de la vida familiar, por el ausentismo de la madre de familia, de la esposa, de la hija, de la hermana, unas veces para trabajar y otras para divertirse.

A fin de ver qué lado tiene la razón vamos a preguntarnos: ¿quién forma la conciencia del niño? La madre, pero si la mujer se honra más con ser oficinista que madre; se prepara más para ese trabajo que para el del hogar y sueña más con ser "señora de sociedad" que de su casa, la humanidad tiene que recoger dolorida las fatales consecuencias de ese proceder, tan distante del verdadero fin para el que fué creada.

Se argumenta que el trabajo y las diversiones que mantienen a la mayor parte de mujeres fuera de su hogar es algo que se usa en todas partes, lo cual es cierto; pero la quiebra de valores morales, con su origen más notorio, la crisis de la vida familiar, es también un hecho en todas partes...

Esto no quiere decir que la mujer no deba prepararse para la lucha por la vida, para que llegado el momento de absoluta necesidad, tenga la capacidad suficiente y vencer; ni que no debe tener iguales oportunidades y los mismos derechos civiles y políticos que el hombre, o que no debe tener otros ideales que no sean los del hogar, sobre todo, cuando siente honda vocación por alguna rama del saber humano. No. Lo que quiero defender es que la mujer tiene una misión esencial que cumplir, la más noble y de más trascendencia; una profesión que estudiar, la más útil y más constructiva; un ideal que proteger, el más perfecto de todos los ideales; un trabajo que hacer, el más santo de todos los trabajos: formar de cada hijo que Dios le mande, o del niño que tenga a su lado, un hombre de bien. Yo creo que Dios ha puesto en la mujer condiciones elevadísimas para ser digna colaboradora de El en su plan de perfeccionamiento humano, y que el fin primordial de su educación es hacer que ella se encuentre a sí misma, evitando todo lo que pueda desviarla de ese camino, propicio para la mejor siembra y cosecha de su verdadera felicidad y para el recto sendero que debe seguir la civilización.

No pretendo ir contra la cultura para el elemento femenino, porque siempre he abonado el noble propósito de que la mujer debe cultivarse cada vez más, porque una mujer instruída tiene más probabilidades de saber sus propios deberes para no dejarse arrastrar por corrientes contrarias. He intercedido, intercedo e intercederé siempre, sí, porque esta preparación sea dirigida a pefeccionar su personalidad femenina, a fin de formar hogares, donde la ternura, la generosidad y la preparación técnica para el cumplimiento de sus deberes substanciales sean sus más preciados dones.

La juventud, con pocas excepciones, y un gran número de padres de familia se disponen a aceptar que da más timbre de honor y es más productivo ser una buena oficinista que una buena

ama de casa, aunque el dinero que se gane en la oficina, salvo excepciones, sirva para pagar los errores de la falta de habilidad para la casa.

No denigro la labor de la mujer fuera del hogar, por lo contrario, la aplaudo, cuando hay necesidad de ello, cuando es la voz de la vocación la que llama para servir una rama del saber y siempre que el trabajo extradoméstico no sea motivo para aminorar en el alma femenina las virtudes propias de la mujer. Sostengo, sí, porque no podemos quebrantar las leyes de la naturaleza sin sufrir sus fatales consecuencias, que cuando haya más buenas madres que oficinistas todo en el mundo irá mejor, porque una buena madre engrandece el poder de la creación. Bien se ha dicho: "Detrás de todo gran hombre hay siempre una buena madre".

Nos ufanamos de que todas las actividades humanas estén servidas por mujeres eficientes, pero, a la vez, nos quejamos de que ya no hay buenas esposas, de que los niños están cada día peor educados, de que en los hogares falta respeto mutuo, falta afecto sincero, falta calor de hogar y, por último: de que no se puede confiar en nadie porque la gente ya no tiene conciencia.

Por fortuna ya va produciéndose abundante literatura científica que trata de desterrar la teoría de la igualdad de los sexos para sentar el saludable principio de que el hombre y la mujer siguen caminos paralelos, con naturalezas dotadas para complementarse, para unirse física y espiritualmente, tanto más feliz esa unión cuanto más acentuadas sean esas diferencias.

Así, el eminente biólogo Alexis Carrel, en su obra admirable "La Incógnita del hombre'' nos guía al respecto con estos pensamientos, producto de sus sabias investigaciones científicas: "La mujer, —dice—, es profundamente distinta del hombre. Cada una de las células de su cuerpo lleva la marca de su sexo. Y pasa lo mismo con su sistema orgánico y nervioso. Las leyes fisiológicas son tan inexorables como las leyes del mundo sideral. Es imposible sustituirlas por los deseos humanos. Estamos obligados a aceptarlas como son. Deben, por lo tanto, las mujeres desarrollar sus aptitudes en el sentido de su propia naturaleza, sin tratar de imitar a los varones. El papel de la mujer en el progreso de la civilización es más elevado que el del hombre. No debe abando-

narlo. No debe darse a las jóvenes la misma formación intelectual, el mismo género de vida, el mismo ideal que a los muchachos. Los educadores deben tomar en consideración las diferencias orgánicas y mentales del varón y de la mujer y su natural función. Hay entre los dos sexos irrevocables diferencias y es imperativo tenerlas en cuenta en la construcción del mundo civilizado".

Por otra parte el economista Ralph Barsodi en su obra "Education and Living", dice: "Los principios generales que deberían ser enseñados para la organización de la vida deben ser tan diferentes como real es la diferencia entre los dos sexos. La falsa teoría de la inferioridad de la mujer fué reemplazada por otra igualmente falsa: la de la igualdad de los sexos. La verdad acerca de esta materia es que mientras los sexos tienen muchas características en común, también tienen enorme importancia las características en las cuales no solamente son diferentes sino que, en algunos aspectos, uno es superior o inferior al otro. Tampoco se puede hacer comparaciones entre cuál es más inteligente, si el hombre o la mujer, porque cada uno de ellos tiene capacidades especiales en determinado aspecto. Por ejemplo, la mujer es más capaz para idiomas, en asuntos de estética, en la combinación de colores, en actividades sociales. El hombre se destaca más en matemáticas, en la ciencia en general y en asuntos de raciocinio''.

"Las teorías de la superioridad masculina primero y de la igualdad de los sexos después, dice el Dr. Popenoe, propulsor de la educación familiar en los EE.UU., dieron por consecuencia ideas e instituciones equivocadas. Hombres y mujeres reciben la misma educación, se les prepara a ambos para la vida de los negocios, para reemplazar su vida de hogar con la de hoteles y restaurantes, para divertirse y disipar el tiempo en la misma forma, para ser enteramente iguales en todo, hasta en abandonar su paternidad y maternidad. Eliminando la mujer su maternidad ha reducido las diferencias al mínimo".

La escasa divulgación de las leyes de la herencia, el poco entrenamiento para la vida en común, la limitada importancia que se dá a la trascendencia social del matrimonio, la deficiente formación espiritual para el mismo, son el origen principal de que la mujer encuentre más atractivo cualquier trabajo que el del hogar.

Pero por más que quisiéramos precisar jamás tendremos una

idea exacta de lo mucho que ha perdido la especie humana en el tiempo en que la mujer ha negado sus mejores energías a la familia para ofrecerlas en el trabajo que le toca al hombre cumplir. En los países, donde las características de la civilización moderna con sus bondades e imperfecciones se hace más notorio, se está palpando que el ausentismo, sobre todo, de la madre de familia o de la esposa del hogar es una de las causas de que las costumbres se empeoren y de que el mundo ofrezca cada día un panorama desolador ya por la escasez de sentimientos o por la excesiva reclamación de derechos y descuido en el cumplimiento del deber.

Los que ocultan motivos que no les conviene o que no quieren explicar; los que ven más allá de las conveniencias pasajeras; los que necesitan a la mujer en la industria; los que imitan y se pegan a las apariencias, alegan que la mujer está mucho mejor que antes porque ha logrado su independencia económica. Pero si profundizamos el punto veremos que la independencia económica de la mujer ha traído por consecuencia, en la mayoría de casos, que el marido trabaje menos y la esposa más. Un gran porcentaje de las mujeres que trabajan fuera de su hogar no solamente se desgastan en la oficina o en las fábricas, sino también en los quehaceres domésticos. En mi concepto, la independencia económica de la mujer —salvo honrosas excepciones, es decir: las que sirven por vocación algún campo del saber, las que trabajan por necesidad, o por invertir bien el tiempo que les sobra en labores que les agrada, ya sea de asistencia social, arte, etc.—, no ha servido sino para enriquecer a los comerciantes de ropa hecha, en unos casos, y en otros para que el hombre se respalde en el salario de su mujer para disfrutar con más holgura del suyo.

Es cierto que la mujer ha probado sus capacidades mentales, y que la industria, el oficio, la profesión han ganado mucho con su concurso. Pero formulemos dos preguntas de más envergadura, ¿qué progreso le ha traído a la mujer, como entidad biológica, espiritual y social su independencia económica? Como entidad biológica, la mujer que se agota en el trabajo de la oficina, de la fábrica, del taller, etc., cuenta con menos energías para su función de madre; como entidad espiritual, la mujer aminora sus cualidades innatas de ternura en la lucha y competencia con el hombre; y como entidad social constatamos a diario que la falta del eficien-

te y continuado concurso de la mujer en el hogar es lo que más debilita y desorienta a la sociedad. Los mejores principios, los más caros anhelos, los más nobles sentimientos, que han sido y serán el fundamento esencial de las relaciones humanas, hasta convertir al hombre en un ser armónico, se van perdiendo en el loco afán de trastornar el orden natural de las cosas.

Los pueblos que todavía "están de ida" estimulan a la mujer para seguir conquistando posiciones en el campo extradoméstico; pero los que "están ya de regreso", después de haber llegado a la meta que perseguían, aquella que la mujer no se diferencie en nada con el hombre, y haber visto el panorama cada vez más desconfiado que el mundo presenta, sobre todo, por la escasez de cultivo en el terreno de los afectos íntimos, por falta de capacidad para hacer del hogar el crisol más perfecto de las nuevas generaciones, —que es la meta más alta que debemos perseguir a este respecto—, se empeñan en adelantar, concediendo importancia a este principio salvador: **la mujer tiene capacidades especiales que deben ser mejor empleadas en la delicada y trascendental tarea que como mujer, madre del hombre, le toca cumplir.** La razón, el sentimiento, la experiencia a través de los siglos, nos dicen que la mujer es el corazón del mundo, no de la fábrica, ni del taller, ni de la oficina. En el mundo abunda odio, falta amor, porque las mujeres ya no quieren cifrar su mayor orgullo **en la educación del corazón de sus hijos.** Se crean diversos tipos de escuelas para subsanar este error pero es un hecho, perfectamente constatable, que el mejor programa de una escuela que no está respaldado en la sana influencia familiar del alumnado rendirá muy poco para el progreso del alumno.

La mujer debe cultivarse en el sentido de su verdadera misión para hacer más trascendental todo lo que ella emprenda.

Cuando la mujer reconozca en toda su amplitud su alta misión de artífice del mejoramiento humano integral la humanidad encontrará su camino ascendente.

El verdadero progreso estriba en distinguir entre lo que encierra verdadera importancia y lo que es mera ilusión. Debemos distinguir lo antes posible entre la importancia del hogar, —como primera y principal escuela del hombre y la necesidad de fortificarlo de todos modos—, o las ventajas que se derivan del concur-

so de la mujer en las oficinas, fábricas y otras actividades no propicias para el mejor desenvolvimiento de su personalidad femenina. O forma ella el hogar, con miras a velar en él por formar mejores hombres, y para esto se le prepara de preferencia, o sigue siendo una pieza más del engranaje mecánico del siglo que vivimos. Pero recordemos que el papel más noble de la mujer es formar hombres aptos para ganar el sustento para sí y para su familia, con perfecto sentido de su responsabilidad frente a ésta.

En otros tiempos el problema era que el hombre se diera cuenta que la mujer tiene talento y que puede desempeñar cualquier trabajo; hoy el verdadero problema, cuya solución urge estudiar, es que el hombre quiera proteger al hogar más que a la oficina con el concurso de la mujer. Un caballero me decía: nosotros estamos tan satisfechos con el trabajo de la mujer en nuestra oficina que todas las vacantes de estos últimos tiempos las reemplazamos solamente con mujeres y así lo haremos hasta cubrir el total de nuestros empleados. Nos conviene más, son honradas, trabajadoras, pulcras no nos dan problemas sociales. A este paso, le contesté, tendremos entonces que pensar ya en que el hombre aprenda a manejar el hogar, a criar y educar a los niños. . .

Y he aquí el móvil de esta charla; dar la voz de alerta para que pensemos con seriedad sobre el porvenir de la familia.

El trabajo en general, no es un fin sino un medio para satisfacer las necesidades de la vida y la nobleza de él estriba en que sea, además, una escuela para el desenvolvimiento de las capacidades especiales que cada individuo trae consigo para hacerse partícipe activo en el eterno devenir.

Que el trabajo extradoméstico sea tal que no impida el desarrollo de las capacidades especiales de la mujer, porque el fin de la mujer es mucho más elevado y más trascendental que el de ser una simple empleada del hombre. Ella es la depositaria y artífice de la vida misma y su gran deber es perfeccionarla en todo sentido.

Se necesitan instituciones que orienten honradamente a la mujer que trabaja, que la protejan con trabajos adecuados, que salvaguarden su dignidad y que acrecienten su influencia espiritual, para que llene en forma plena su misión esencial: formar mejores hogares y mejores hombres.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Los aplausos con que ustedes acaban de premiar la interesantísima conferencia de la Dra. Silva de Santolalla, son vívido testimonio del interés con que la han escuchado y del alto aprecio que hacen de sus puntos de vista. Esto no obsta, sin embargo, para que deseen que ella esclarezca algunos puntos de su disertación, o para que algunos de ustedes opongan opiniones distintas. Se trata de un tema muy importante, que debemos ventilar a fondo y, afortunadamente, hoy tenemos más tiempo que nunca, puesto que no habrá más que una sola disertación. Así que les ofrezco la oportunidad de hacerle preguntas a la Dra. Silva de Santolalla. Tal vez quisiera la Dra. Elena Mederos, iniciar la discusión, ya que estar en esta mesa es cosa siempre expuesta y hay que pagar un precio por ello.

DRA. ELENA MEDEROS: Yo quiero felicitar a la Sra. Santolalla, nuestra excelente amiga de hace poco tiempo, pero que nos parece que hace mucho tiempo que nos conocemos, por su exposición tan clara, aun cuando, como ella ya sabe (puesto que estuvimos hablando sobre estos temas) no comparto muchos de sus puntos de vista. Todos estamos de acuerdo en que no se puede sobrestimar la trascendente función maternal de la mujer; pero no estimo que al valorarla necesitemos considerar que tenemos que poner, como si fuera incompatible con su plena realización, la incorporación de la mujer a actividades que pudieran no estar dentro de lo que clásicamente se define como trabajos femeninos. La Sra. Santolalla ha marcado claramente su concepto de que ella no limita la mujer exclusivamente al hogar, sino al hogar más aquellas actividades clásicamente femeninas. ¿Quién da la pauta? ¿Cómo sabemos si una labor cualquiera de tipo creador, en que una mujer encuentra satisfacción, es o no una forma de contribuir a su mayor realización como individuo y acaso a que sea mejor madre por llevarla a cabo? Esa es mi pregunta. ¿Qué medida hemos de utilizar para saber si un trabajo cabe o no dentro de ese concepto de trabajo femenino? No basta, me parece a mí, el concepto marcado por usted, los trabajos artísticos, las cuestiones de colores, la decoración de la casa, el cuidado de los niños. ¿Puede haber o no otros trabajos que no sean precisamente en el campo de la educación como enfermeras, o de asistencia social, en los cuales una mujer se realice y se proyecte?

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Justamente dije que a la mujer se la debe preparar de acuerdo con sus capacidades. Supongamos que tiene capacidad para la política. Ese punto no es, digamos, muy femenino, pero si se la prepara para la política, si tiene capacidades especiales para esto, y para eso justamente debemos formar madres capaces de orientar ocasionalmente a sus hijos desde la tierna infancia. Recuerdo yo, que cuando pequeños, mi padre, nos decía: "éste tiene capacidad para

ser abogado, éste tiene capacidad para ser médico, ésta otra tiene capacidad para el comercio", entonces yo creo que educando a madres en la forma más acabada y completa, la madre, el padre, que están preparados para ser verdaderos padres, pueden orientar la educación de sus hijos, y esa sería la pauta para que se oriente a la muchacha o al muchacho para el futuro.

DR. MAÑACH: ¿Estima contestada su pregunta, Dra. Mederos de González?

DRA. ELENA MEDEROS: No.

DR. MAÑACH: Es decir, ¿cuál sería el criterio —entendí yo que la pregunta era— cuál sería el criterio para decidir cuáles son las actividades a las cuales la mujer puede tener acceso, además de las actividades del hogar? ¿No es así?

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Sí, la orientación vocacional; las cualidades de cada uno están marcando su capacidad.

DRA. ELENA MEDEROS: La contestación que ahora nos ha dado la Sra. Santolalla nos permite, quizás, ponernos más de acuerdo. Es decir, hemos de dejar todas las puertas abiertas para que sea la preferencia y la capacidad de cada quien, mujer u hombre, lo que indique su ruta en la vida y que le permita ser mejor madre y mejor padre, porque también hay que pensar en la preparación de los padres para su responsabilidad dentro de nuestra sociedad. No hay que echarle toda culpa a la mujer de la crisis de la familia; la familia no la integra la mujer solamente.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Vea, doctora, aquí he dicho en mi conferencia: la mujer debe contar con posibilidades de acuerdo con sus capacidades en la lucha por la vida, lo mismo que el hombre. De manera que, creo que con este punto puedo contestar a esa pregunta, ¿no?; si en el hogar se ve que la niña tiene capacidades especiales para otra labor que no sea esencialmente femenina, entonces es el hogar capacitado el que decide.

DRA. ELENA MEDEROS: Bueno, sí; pero es que ahí es donde yo no estoy de acuerdo en que cataloguemos y pongamos el cuño; esto es femenino y esto no lo es, porque yo creo que el cuño es muy difícil de saber.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Es muy difícil, pero debemos tender a ello, porque realmente ha hecho orientar a las personas según las leyes marcadas por la misma naturaleza.

DRA. ELENA MEDEROS: Es que yo no estoy tan segura de que la naturaleza puso el cuño en todo. Precisamente yo le decía ayer a la Dra. Santolalla que durante tantos siglos el panorama que tenía la mujer frente a ella era tan estrecho, que nos hemos habituado a pensar que el campo es éste, y quizás ahora necesitamos un tiempo en el cual la mujer se pueda desenvolver con libertad, para saber si efectivamente estamos o no dentro de lo biológico y lo sociológico y lo antropológico

cuando decimos: esto es lo femenino y esto es lo no femenino. Precisamente, la sociología y la antropología social, se están adentrando en muchas de estas cosas y estamos haciendo descubrimientos cada día. Yo le estaba comentando, por ejemplo, que hace sólo diez años hubiéramos considerado la profesión de la arquitectura necesariamente una profesión masculina, y sin embargo, en Cuba mismo hemos visto triunfar en ese campo a muchas mujeres, y es más, estamos llegando a pensar que la arquitectura es cuestión de casa y que la casa es cuestión de mujeres y que era mala la interpretación anterior.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Es así, yo estoy de acuerdo,

DRA. MEDEROS: Y acaso como ese descubrimiento hagamos otro. Yo recuerdo que, cuando estudié química, mi profesión, decía: la química es una profesión eminentemente femenina (cosa que a mí no se me hubiera ocurrido pensar) porque requiere una curiosidad, un detalle, un espíritu de observación; es como bordar. Pues, a lo mejor sí, y a lo mejor no. Acaso tendremos que probar varias generaciones de personas adentradas en este campo, hombres y mujeres, y podremos entonces decir un tanto por ciento mayor de mujeres realizan este trabajo con éxito y satisfacción, que son las dos cosas: capacidad y un algo que espiritualmente les permita sentirse felices en su realización. Por eso a mí me parece que quizás a nuestra generación no le corresponda aún cerrar las puertas frente a determinados aspectos de la educación y decir: esto es lo femenino y esto es lo que no lo es; sino que permitamos que unos y otros, hombres y mujeres, traten de sacar adelante nuestra civilización, y también nuestra crisis de la familia, conjuntamente.

DR. MAÑACH: Bien. ¿Preguntas del público? Tengo entendido que también los hombres tienen derecho a opinar!

SRTA. GLORIA ARGILAGOS: Doctora Irene Silva Santolalla, usted nos ha traído un mensaje de amor desde su tierra peruana. Yo, en nombre de todas las cubanas, le doy las gracias, y le digo que no es mensaje de amor solamente lo que usted ha traído, sino que ha venido a cultivar un jardín de bellas flores que, en el transcurso del tiempo, irán exhalando sus perfumes. Poco se le puede preguntar, porque usted lo ha abarcado todo; traía en la mente algunas preguntas, pero usted me las ha contestado en su conferencia. Ahora bien, yo quiero que usted lleve un mensaje de Cuba y de una cubana, y es decirle a las mujeres peruanas que la cubana es muy femenina, aunque esté preparada y sea profesional, enfermera, profesora y benefactora para la religión y para todos los actos de caridad, y que les diga que en este laberinto en que está el mundo, la mujer cubana se presenta así.

DR. MAÑACH: ¿Alguna otra pregunta, o algún otro mensaje?...

DRA. DULCE MARIA ESCALONA: Bueno, oyendo la discusión, a mí me parece que se han simplificado demasiado los términos. Parece que todos los problemas del mundo ...

DR. MAÑACH: Me perdona, doctora, es justo que informemos a nuestros oyentes de lejos, quiénes son los que están hablando. La Dra. Dulce María Escalona, ex-Directora de la Escuela Normal de La Habana. Siga, doctora.

DRA. DULCE MARIA ESCALONA: Enfocando el problema así, parece demasiado simple. En primer lugar, se da a entender como si todos los problemas por que atraviesa la humanidad en este mundo dependieran de la mujer; como si la solución de todos ellos estuviera en manos de la mujer. El asunto es muy complejo para discutirlo ahora, y yo no voy a entrar en todas las implicaciones que tiene. Pero además, parece como si la participación de la mujer en el trabajo fuera de su casa dependiera de la vocación y de la selección que la mujer haga, y no de las condiciones sociales determinadas que han llevado a la mujer a trabajar fuera. Se ha hablado aquí de la mujer en la fábrica, la mujer en el taller. Yo no creo que por vocación la mujer ha ido a la fábrica, ni al taller. Se ha ido por imperativos económicos de la época en que le ha tocado vivir. De modo que entonces ya el problema no se puede analizar como vocación ni como deseo de la mujer. No creo de ninguna manera que, por demostrar su igualdad con el hombre, la mujer se ha ido a trabajar a la calle. Son condiciones económicas especiales de nuestro mundo las que la han llevado a la calle. Yo no quiero hacer una intervención muy larga, pero añadiré que por lo que yo veo en el círculo que está alrededor mío, las mujeres que trabajan, en muchos casos, se preocupan más de la educación de sus hijos que las que se quedan en su casa.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Doctora, le agradezco muchísimo su inteligente intervención. Dado su prestigio, la aprecio muchísimo; pero mi punto de vista es, naturalmente, el que he traído en esta conferencia. Yo creo sinceramente que el desquicio de la vida familiar se debe en mucho a la mujer que trabaja; pero creo que en esto hay excepciones sumamente honrosas, que el trabajo de la mujer honra también a la mujer misma, pero que no en todas las que trabajan se llena justamente esa verdadera función que usted dice. Las mujeres múltiples, las mujeres capaces, las mujeres cultas, se multiplican, no sin esfuerzo; se multiplican y cumplen adecuadamente su trabajo en el hogar y su trabajo extradoméstico, pero yo creo, sinceramente, que en la mayoría de los casos el hogar está abandonado por ganar el sueldo.

DRA. DULCE MARIA ESCALONA: Yo quería plantear el problema social, porque es muy cómodo pensar que por estar la mujer en la calle ocurren todos los problemas en que se debate la humanidad social y que la solución sería muy fácil con que las mujeres vuelvan a su casa. Pero el problema social que hay que resolver es mucho más complejo, y no está absolutamente en manos de la mujer el resolverlo. Indudablemente, en el momento de angustia que vive el mundo, hace mucha falta que

la mujer intervenga, porque en un momento de transición hay que tratar de mantener la fe en lo mejor, y que la humanidad no se vaya a entregar al escepticismo, que es una cosa extraordinariamente peligrosa. El cinismo más que nada. Esa actitud cínica que, frente a la desesperanza, adopta la humanidad, hay que combatirla, y la mujer puede hacer mucho en ese sentido. Pero de ninguna manera sería justo pensar que la mujer va a resolver los problemas que confronta el mundo. Los problemas de organización social, por que nosotros atravesamos, son problemas muy hondos, que necesitan de la cooperación de todos, y principalmente de los que dirigen el mundo, que no son precisamente las mujeres.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Yo sigo pensando, no obstante los argumentos inteligentes de la doctora, que el papel de la mujer es mejorar al hombre, y que sólo desde el hogar, educando madres capaces de formar hombres mejores, van a resolverse los problemas sociales en el futuro. No es una labor inmediata; esta siembra hay que verla como la cosecha, a largo plazo. No quiero decir que esto sea una panacea, ni mucho menos; es un grano de arena arrojado al enorme vacío que se siente hoy, debido a que la mujer ha descuidado el hogar. No digo que falten mujeres de excepción que lo cuidan y trabajan, sino que la mayoría, para divertirse, no tanto las mujeres que trabajan, sino para divertirse muchas veces, el hogar está fuera de su cuenta; conozco casos infinitos. Tengo la suerte de ser consultora en mi país de muchas madres y de muchas esposas, y de muchos padres y de muchos novios, y constato a diario que la mujer disipa su tiempo en una forma calamitosa y que el hogar está fuera de su cuenta, y las consecuencias las vemos en todo. Hay mala crianza; no podemos hacer la menor transacción en la cual no se nos engañe, no se nos adultere, no se mienta, y sobre todo la falta de conciencia de que he hablado. Es eso lo que me preocupa y me intranquiliza, y por eso he traído mi grano de arena, muy insignificante, pero que algo ha de hacer en el enorme vacío.

DR. MANUEL DE LA MATA: Me felicito muy sinceramente de haber oído la conferencia de la Dra. Silva y las opiniones tan valiosas de las damas que hoy han asistido a esta reunión. Yo hubiera querido oír estas opiniones en una conferencia anterior de la Universidad del Aire, donde al hablar de los Padres de la Iglesia se señalaba esencialmente el criterio que los Padres de la Iglesia han mantenido llamando a la mujer foco de toda perversión y foco de todo vicio y de toda degeneración. Precisamente, al felicitarme yo por escuchar estas cosas, quiero felicitar lógicamente, con esta felicitación mía, a la Dra. Silva por su opinión, con la cual estoy total y plenamente de acuerdo, porque siempre he mantenido, antes de oír sus palabras, exactamente este criterio de diferencia entre el hombre y la mujer, sentimiento e inteligencia que se complementan en una función tan elevada como es la de dar a la vida un sentido profundo y necesario. Y ahora, quisiera hacerle una pregunta. ¿Piensa que la mujer

puede cumplir esta finalidad tan profundamente humana en una escuela de coeducación?

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Por supuesto, porque acostumbrándose la mujer a tratar al compañero de su vida, en la mejor forma posible, con directores capaces de alta responsabilidad moral, yo creo que sería el mejor camino, no?

DR. MANUEL DE LA MATA: Me felicito nuevamente de coincidir con este criterio de la Dra. Silva, que había quedado un poco titubeante y dudoso a través de su conferencia, puesto que no había hecho mención del problema. Me parece que, en efecto, esta concordancia de los dos sexos, que va limando asperezas entre ellos y va señalando precisamente una función eminentemente social y vital, es la mejor forma de realizar la finalidad de la escuela.

SR. MANUEL ZALBA: Doctora, anteriormente se ha hablado, por la doctora que me precedió, no pude captar bien su nombre, Directora de la Escuela Normal, no?, Dr. Mañach . . .

DR. MAÑACH: La Dra. Dulce María Escalona.

DR. MANUEL ZALBA: Bueno, ha hablado de la situación social de nuestros tiempos, de las consecuencias. Usted, en su charla, se ha quejado de los matrimonios que tienen pocos hijos. Ahora bien, no será también . . .

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: ¿Me quejé?

SR. MANUEL ZALBA: ¿No será también el corto número de hijos en los matrimonios una consecuencia de nuestro sistema social?

DR. MAÑACH: ¿De que la mujer está demasiado fuera de la casa?

SR. MANUEL ZALBA: No precisamente eso. Cada día, en nuestro sistema social, la vida se hace más difícil. Hay que hacer verdaderos equilibrios para poder vivir, sobre todo en el matrimonio. Me imagino yo, no? Soy soltero pero bueno. Ahora bien, he observado que antiguamente ese precepto que decía: "Creced y multiplicaos", donde se daban esas familias tan numerosas, que eran orgullo de la sociedad, han ido desapareciendo para dejar paso a los matrimonios de uno y dos hijos, y eso ocurre en las capas que tienden hacia una elevada cultura, porque, desgraciadamente, en las capas inferiores se dan matrimonios de muchos hijos, con su secuela natural de miseria, enfermedades y carne de presidio. No es el sistema social nuestro el culpable de esta crisis de valores espirituales?

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Su pregunta es sumamente interesante. A mí me parece que lo que está malo en el mundo es el hombre. Al decir hombre me refiero a la pareja humana. Antes que crisis social o económica, hay una crisis moral; la prueba es que la mayoría de los hogares de muchos recursos, salvo excepciones y muy honrosas, los hogares acomodados, tienen un hijo y son los pobres los

que tienen más. Luego, ¿qué es lo que falta en el mundo? No es cuestión de organización social; no es cuestión política, ni económica; es cuestión de falta de formación para el matrimonio, falta de sentido de responsabilidad procreacional. El hombre y la mujer no han sido educados para verdaderos padres. Creen que el matrimonio es una diversión más. Pocos comprenden la significación social del matrimonio como base de la familia, y de la familia como base de la sociedad, y de la sociedad como base del mundo. Lo que falta, a mí me parece, es moral en este aspecto.

UNA OYENTE: Doctora, desde el domingo estoy sufriendo, cuando oí al Padre cómo se expresó de la mujer, y sentí más todavía que habiendo tantas mujeres aquí, no hubiera una que dijera algo con respecto a la mujer y la defendiera. Me sentí muy lastimada, así que lo tengo que decir aquí, porque tenía que decirlo. Aparte de eso, doctora, quiero hacer una aclaración. Está muy bien toda su conferencia. Estoy de acuerdo; pero debo de hacerle esta advertencia. Usted recordará que al principio las mujeres se quedaban en la casa y se les educaba para lo que se llamaba las labores propias de su sexo. Las mujeres estaban nada más que para lavar, planchar, cocinar y atender al esposo. El hombre vió que la mujer no era su compañera, sino una criada. La mujer se sintió inferior; para ella no habían paseos; para ella no había diversiones; para ella no había nada, doctora; y eso fué sembrando en el ánimo de la mujer el deseo de superarse y de salir de ese ambiente que la asfixiaba y la ahogaba. Comprende? Así es como empezó el ansia de la mujer por salir a la calle a trabajar, y que luego más tarde las múltiples cosas que se fueron presentando, la falta de recursos económicos para educar los mismos hijos, tuvo la mujer que salir. Así que yo creo, doctora, que la mayoría de las mujeres que trabajan lo hacen por ese imperativo económico, y por sentido de responsabilidad, por poderle dar más a sus hijos de lo que le dieron a ella.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: Por eso, doctora, he dicho, que yo respeto mucho el trabajo de la mujer que lo hace por necesidad, y el de la mujer que lo hace llamada por una honda vocación, y creo que con esta tesis quiero a la mujer muchísimo más de lo que uno puede imaginarse; al esforzarme por luchar en este campo es porque quiero que la mujer se eleve al sitial digno, elevado, que le corresponde en el mundo como formadora de mejores hombres. Ese es el único lema que yo traje.

DRA. ROSARIO REXACH: En primer lugar, quiero felicitar a la Dra. Santolalla por la sincera preocupación que tiene por un problema que está afectando a todo el mundo de Occidente. No me atrevería a hacer una generalización más amplia. Sin embargo, me parece que tal vez nos hemos salido un poquito del tema que ella planteaba. Estoy con-

vencida de que las doctoras que han interpelado con un sentido contradictorio a la Sra. Santolalla, la Sra. Mederos y la Sra Escalona, coinciden totalmente con la Dra. Santolalla en el hecho de que la mujer nunca, para actuar en ninguna actividad, debe abandonar su condición femenina, y ellas mismas son un ejemplo de esto. En ese presupuesto todas las mujeres de Cuba estamos de acuerdo. El problema que se plantea es el siguiente: hay una crisis de la familia, ¿quién lo duda? ¿Hasta qu-punto esa crisis de la familia se debe a la mujer? —ese sería el problema a discutir más seriamente. Yo creo que es verdad que hay crisis de la familia por razones sociales, y además por razones de evolución de nuestros criterios morales, que no siempre tal vez haya sido para bien. Pero me parece que la tesis planteada del trabajo extradoméstico debiera plantearse en estos términos: la crisis de la familia ¿se debe al trabajo extradoméstico, o se debe a que hay una desorientación total o por lo menos muy grande, en los distintos sectores para encontrar cuál es su camino? Quiero decir aquí, con entera unidad y además con entera tranquilidad interior, puesto que en conferencias en la Universidad del Aire lo he dicho antes, que el hogar es el centro natural de acción de la mujer. Yo no estoy muy convencida de que la crisis de la familia actual se deba sustancialmente al trabajo extradoméstico. Demasiada experiencia tengo de mujeres que no trabajan fuera de su hogar y que, sin embargo, no dirigen el hogar en la medida en que lo deben dirigir, y muchos casos, infinitos conozco de mujeres con trabajo extradoméstico que son excelentes esposas y excelentes madres de familias. Por eso yo sí creo que hay un problema de educación. Yo sí creo que hay que educar a la mujer, pero el trabajo extradoméstico es un problema, como planteaba la Dra Escalona, de origen fundamentalmente social, y lo que nosotros tenemos que hacer es plantear el tema siguiente: **la mujer debe educarse para ser mujer.** Si es mujer, lo sabrá ser en cualquier campo, y además nunca una auténtica mujer desprecia su hogar, ni su familia. Una mujer bien educada será siempre una excelente madre y una excelente esposa. El problema, por tanto, no creo que sea fundamentalmente el trabajo extradoméstico, aunque coincido con la Sra. Santolalla en que el trabajo extradoméstico ha sido un factor más que ha contribuído a relajar los lazos familiares; pero como bien planteaba la Dra. Escalona, muchas mujeres darían la mitad de su vida por concretar su vida a su hogar, pero no pueden. No pueden. ¿Qué hay que hacer para que la familia vuelva a ser lo que era, o más bien, lo que debiera ser, porque no estoy muy convencida que haya sido nunca en ningún momento histórico y en la generalidad de las masas de la población, lo que tiene que ser un centro de educación. Desde que el mundo es mundo, las capas pobres han tenido muchos hijos y las superiores han tenido muy pocos. Las familias de reyes siempre han tenido pocos hijos, porque el nivel superior crea un

sentido de mayor responsabilidad sobre la familia. La cultura ha sido siempre un factor de disminución del número de hijos. La maternidad es una conquista del mundo espiritual. Es una conquista de la cultura, y se hace más consciente con la cultura. Por tanto, son las capas de menor cultura las que han tenido siempre muchos hijos, pero no sólo ahora, sino siempre. De manera que yo creo que el problema habría que plantearlo haciendo investigaciones muy serias para acordar un régimen de educación que fortaleciera los lazos de la familia, pero que no lo simplificara en demasía con respecto a uno de los factores. Felicito a la Sra. Santolalla; sé que es una misionera de eso; coincido con ella; pero acentúo que el problema de la familia no se va a resolver porque todas las mujeres sean éticamente superiores, porque hay problemas muy serios que están en la base, minando la solidez de la vida familiar.

DRA. IRENE SILVA DE SANTOLALLA: En la opinión de mi distinguida amiga, la Dra. Rexach de León, veo que estamos enteramente de acuerdo. Si se relee mi charla, se verá que yo no he indicado que el origen principal de la crisis actual del mundo sea la familia, sino que he dado muchos argumentos para probar que una de las causas que empeora en la sociedad, es el abandono de la mujer, el ausentismo de la madre de familia. Si la doctora quiere leerla de nuevo, verá que estamos enteramente de acuerdo y que la discrepancia que ella sostiene quizás se debe a que no retuvo enteramente todo el contenido.

DR. MAÑACH: Voy a rogar que las preguntas sean muy breves todas, porque quedan muy pocos minutos más.

DR. BEGUEZ CESAR: Si hay limitaciones en cuanto a expresión del pensamiento, Dr. Mañach, yo dejo la pregunta.

DR. MAÑACH: No le estoy limitando el pensamiento, sino el tiempo; a no ser que usted identifique el tiempo con el pensamiento, que es un problema filosófico ...

DR. BEGUEZ CESAR: Usted ha tenido la amabilidad de concederle a todo el mundo el tiempo. No hay razón para que usted me lo limite a mí.

DR. MAÑACH: No pierda el tiempo, y acabará pronto, doctor...

DR. BEGUEZ CESAR: Dra. Santolalla, después de haber oído su magnífica conferencia, puede aplicarse lo que dijo Aristóteles y que confirmó Santo Tomás, que la ciencia progresa por el descubrimiento de la verdad y las negaciones y críticas que provoca la investigación. Cuando el domingo pasado en la conferencia del Padre Basilio Jiménez yo le preguntaba que las dos tendencias, la de la griega y la de, digo la de los antiguos griegos y la de la Grecia decadente hacían crisis en Santo Tomás y que él no quiso o que no pudo comprenderme, era casualmente para negar la tesis teológica de Santo Tomás que era ...

DR. MAÑACH: Dr. Béguez César, yo lo siento pero la Dra Irene de Santolalla no estaba presente el domingo aquí. Refiérase a la conferencia de la Dra. Irene Silva.

DR. BEGUEZ CESAR: A eso voy; voy a caer en el tema.

DR. MAÑACH: Bueno, pero caiga ya.

DR. BEGUEZ CESAR: Entrando en su tema, se me ocurre hacerle la siguiente pregunta: ¿No cree usted que de este estado de crisis, bellamente expuesto por la Dra. Escalona en parte tenga la culpa, no solamente nuestro Estado, sino todos los Estados, porque tienden a debilitar al hombre, a darle un poco más de fuerza a la mujer, bien porque le den más bajos salarios, digo, más altos salarios . . .

DR. MAÑACH: Lo siento mucho, Dr. Béguez César, se ha terminado el tiempo. Dra. Irene Silva de Santolalla, nos quedan muy pocos minutos para decirle a usted cuánto le hemos agradecido, en primer lugar, el honor que usted ha dispensado a la Universidad del Aire al venir a esta mesa para exponernos sus ideas, y además, la gentileza y la serenidad con que usted ha acogido las reacciones cordiales, respetuosas, pero a veces discrepantes de nuestro público, que es de mucha variedad e independencia de criterio, como usted habrá podido apreciar. Muchas gracias, doctora.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

QUINTO CURSO:

Octubre 1950 a Noviembre 1951

"LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

PROGRAMAS DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

XXI **Marzo 4**	a) Exploradores y aventureros. b) Los grandes inventos. La imprenta.
XXII **Marzo 11**	a) España y la Reconquista. b) Colón y el Mundo Nuevo.
XXIII **Marzo 18**	a) La historia de Giordano Bruno. b) De Copérnico a Galileo.
XXIV **Marzo 25**	a) Maquiavelo y los Utopistas. b) El amanecer de la Ciencia física.
XXV **Abril 1º**	a) La formación de los Estados modernos. b) La burguesía y los banqueros.
XXVI **Abril 8**	a) Lutero y la lucha de la Reforma. b) Carlos V y la Contra-Reforma. Loyola.
XXVII **Abril 15**	a) La España del Siglo de Oro. b) La Conquista de América.
XXVIII **Abril 22**	a) Cervantes y su España. b) Shakespeare y la época isabelina.
XXIX **Abril 29**	a) Francisco Bacon y la experiencia. b) Descartes: el descubrimiento de la mente moderna.
XXX **Mayo 6**	a) Las rivalidades imperiales. b) El Derecho de Gentes.
XXXI **Mayo 13**	a) Los clásicos de la literatura francesa. b) El Barroco.
XXXII **Mayo 20**	a) El Siglo del Rey Sol. b) Hapsburgos y Borbones en España.
XXXIII **Mayo 27**	a) Isaac Newton y la ciencia nueva. b) El imperio de la Razón.
XXXIV **Junio 3**	a) Aurora del liberalismo en Inglaterra. b) La Revolución de las colonias inglesas.
XXXV **Junio 10**	a) Voltaire y Montesquieu. b) El sembrador Rousseau.
XXXVI **Junio 17**	a) La Revolución Francesa. b) Napoleón, el corso genial.
XXXVII **Junio 24**	a) España decapitada. b) Bolívar y la independencia iberoamericana.
XXXVIII **Julio 8**	a) La Revolución industrial. b) El romanticismo.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.